

crónica

Revista de la semana :: Se publica los domingos en Prensa Gráfica, Hermosilla, 57.-Madrid
Director: ANTONIO G. DE LINARES



Carmen Viance, la bellísima "estrella" española del cinematógrafo.

(Fotografía de Arte, por Walken)

20 cts.

Compre usted el soberbio número extraordinario de "La Esfera": 132 páginas - Tres pesetas

La destacada figura del ministro de Fomento.

El Conde de Guadalhorce, ¿será algún día jefe de un Gobierno?

Su concepto de la política, su modestia, sus lecturas... "España-nos dijo-necesita treinta millones de habitantes."

DE SIMPLE CIUDADANO Á MINISTRO DE LA CORONA

UN día, D. Rafael Benjumea, ingeniero á la sazón del pantano de «El Chorro», en la provincia de Málaga, recibió un telegrama diciéndole que saliese para Madrid. ¡En el acto!... Debía jurar en seguida el cargo de ministro.

El ingeniero Benjumea abandonó el trabajo. Llegó á su casa, y mientras preparaba la maleta, dijo, no sin cierta emoción, á su familia:

—Creo que me han hecho ministro.

—¿Cómo?... ¿Qué?...

Horas después, la noticia era pública.

—Exacta—nos dijo el conde de Guadalhorce ante la incontinencia de nuestra curiosidad desbordada—. No había sido nunca diputado á Cortes, ni diputado provincial, ni concejal...

—¿Y qué sensación experimenta, señor conde, un simple ciudadano que así, de súbito, de la noche á la mañana?...

—Una sensación de responsabilidad, un gran deseo de acierto... También en mi caso algo de sorpresa... Yo no aspiré nunca á tanto. Es más; no aspiré á nada...

LAS LECTURAS DEL MINISTRO DE FOMENTO. SU ADMIRACIÓN POR EL GENIO DE D. JACINTO BENAVENTE

—¿Leía usted mucho?...

—Leía bastanté.

—Con preferencia, ¿qué autores?...

—De los actuales, Benavente. Don Jacinto, para mí, que no soy crítico literario, es la figura cumbre.

—¿La que conceptúa superior?...

—Yo, sí.

—Y de las obras de Benavente, ¿cual preferiría?...

—Todas... Acaso las de su primera época. Quizá, circunscribiéndome un poco, *Señora ama*, *Los intereses creados*...

Y el ministro, como en sincera evocación devota, añadió:

—Pero Benavente siempre es genial. *La propia estimación* es una norma imponderable y eterna...

—¿Otros autores?...

—Del siglo XIX prefiero, y los he leído con idéntica fruición, á Pereda y á Galdós...

—¿Más antiguos?...

—Cervantes... Y no he de manifestarle lo que ese nombre sugiere al espíritu español...

—Y de nuestras figuras guerreras, ¿cuál le sugestióna principalmente?...

—El Gran Capitán.

—Y de las glorias de España, á su juicio, ¿la más estimable?...

Vaciló un momento, y dijo:

—Es difícil la elección. Pero así, rápidamente, sin compulsar, la gloria que deriva de la figura de Cisneros...

EL CONDE DE GUADALHORCE ANTE LA POLÍTICA. ¿QUÉ HARÍA EL MINISTRO DE FOMENTO SI FUESE ALGÚN DÍA JEFE DE UN GOBIERNO?

—Para usted, señor conde, ¿qué es la política?...

—Un deber.

—Y la política—replicamos—, ¿no es también ambición?

—No. Para mí, un deber.

—¿Nada más?

—Nada más. Algo que tiene, en el fondo, cierta emoción militar. El ciudadano está en la calle, en su casa, en el despacho, en el taller... ¡Le llaman!... ¡Número tantos!... Y entonces hay que acudir. Cuando se presta el servicio patriótico, mutis, y en paz...

—Entonces si la política es un deber, ¿por qué no actuó en ella antes de ser ministro?

—Porque no me llamaron. Pero sentía la doble preocupación de mi tiempo y de mi patria.

Sin más cortapisas que las del respeto debido á nuestro ilustre interlocutor, dijimos como en monólogo absurdo:



El ilustre ingeniero D. Rafael Benjumea, Conde de Guadalhorce, ministro de Fomento del actual Gobierno, cuya gestión acertadísima es causa de que su figura destaque, poderosamente, entre los hombres que para España significan una esperanza, en este momento, hace á nuestro compañero Casas Pérez las interesantísimas declaraciones que los lectores de "Crónica" hallarán en esta página. (Fot. Piortiz)

—En una ocasión, la gente aseguró por ahí que el general Primo de Rivera señalaría su nombre para sucederle en la Presidencia del Consejo.

El conde de Guadalhorce hizo un movimiento rápido, como si quisiera escapársenos.

—Aquí—pensamos—se acabó la interviú.

Compusimos, con la ayuda de Dios, un gesto ingenioso. Rehusamos de expreso la mirada inteligente del ministro.

—Ahora vendrá el chaparrón—pensamos de nuevo—. ¿Quién nos mandaría?...—Y oímos la voz del ministro:

—¿Decía usted?...

—Decíamos que si la política es un deber, no designaría usted, señor ministro, por grande que fuese, ninguna responsabilidad...

—Despacio, despacio—exclamó sonriente—en esa dialéctica reporteril aguda. Despacio. Fijese bien; anote; yo digo que la política es un deber y que hay que ir á ella cuando el patriotismo nos reclame. Hay la obligación de ir á la guerra; pero no siempre la de ejercer el mando. Yo señalo el deber; pero no el puesto á ocupar.

—¿Y si, hablamos en hipótesis, le llamasen á usted?...

—Examinaría, en primer término, si el llamamiento tenía la justificación precisa. Porque bajo el entusiasmo y la fuerza del general Primo de Rivera, un hombre como yo se desenvuelve... De otra manera... ¡Bah!... Temería mucho al dolor de no poder superarme.

—¿Y cuál sería en política la orientación de su pensamiento?...

—¿En qué supuesto?—añadió rápido.

Rectificamos.

—Cuál sería, no; preguntamos la orientación política de su pensamiento; ¿cuál es?...

—Sin eufemismos, derechista. Principios de sólida base cristiana: Religión, Patria, Familia, Monarquía... Y soy, profunda, sinceramente demócrata.

—¿Demócrata?... ¿Gobierno del pueblo por el pueblo?...

—Como ideal, ¿por qué no?... Como fórmula permanente, ha sido y sería desastrosa. Pero el ideal es ese: que el pueblo se gobierne á sí mismo.

—¿Y de Parlamento?

—En situación normal, propugno la conveniencia de un organismo que contraste opiniones, que guíe y que fiscalice á los que gobiernan.

LO QUE NECESITA ESPAÑA PARA SER GRAN POTENCIA

—Veamos, señor conde, ¿su obra de gobierno?

—¿Mis proyectos? No los tengo. Todos mis planes están en marcha.

—¿Los más importantes?

—Los que suponen las Confederaciones hidrológicas.

—Al iniciarlas—replicamos—se habló mucho de la doctrina de Costa.

—Sin modestias... El maravilloso cerebro de Costa señaló románticamente la necesidad de aprovechar los ríos. Pero no nos dijo cómo, de qué manera...

—¿Y esa es su obra?...

—Mi obra, no. La del Gobierno. Es la obra que necesita España. En el aprovechamiento integral de los ríos hay tres aspectos fundamentales: agricultura, energía y población...

—¿Población?...

—¿Claro!... La fuente generadora de la población es la riqueza, es el trabajo. ¿No lo ve usted?... España, que llena de hombres á América, está vacía. No seremos una gran potencia sin treinta millones de habitantes... Campos que produzcan, riegos abundosos que fertilicen...

—¿Y se lograrán esos ideales?...

—Se lograrán. No es un sueño del propio optimismo. Se lograrán esos ideales. En siete años, unos; en diez ó doce, otros; en veinte años, á lo sumo, el resto... Se repetirá, aunque de forma distinta, la epopeya de la Reconquista. En la montaña, aunque no adopte ahora la forma de Pelayo, está fraguándose ya la salvación, la redención de España...

En esporádica inteligencia con maese Reparos, preguntamos:

—¿Y si—¿quién lo sabe!—se estableciera una solución de continuidad en el sistema de gobierno?...

—Ningún Gobierno, sea el que sea, que tenga noción de patriotismo y conciencia de responsabilidad, abandonará estos empeños. Además, los elementos sociales están interesados. El país, porque es su porvenir, defenderá esta obra. Y yo tengo fe ciega, fe absoluta en España. Diga la calumnia lo que diga, España es un gran pueblo. España tiene posibilidades insopechadas. Si volviera á caer, que ya no caerá, renacería de nuevo, de su propio vientre, de inagotable fecundidad. España tiene por eso un porvenir espléndido.

—Y si usted...

—¿No hable de mí!... ¡Qué obstinación!... Esté usted seguro, y lo digo con plena sinceridad, que entre mis preocupaciones no está la preocupación de mí mismo... Yo no sé si á impulsos de la voluntad que nos anima desde la jefatura del Gobierno he hecho algo bueno... Si lo he hecho, ¡qué lejos ha estado de nosotros el estímulo grosero de la vanidad ó de la ambición!... ¡Y qué cerca de nosotros, en cambio, siempre, el sentimiento de la patria!...

PREGUNTAS SUELTAS

—Y de ferrocarriles, ¿que se ha hecho?

—No se ha hecho todo lo que España necesita; pero sentamos los jalones de lo principal.

—¿Otras cosas?

—Estamos con el circuito de carreteras.

EL ESPECTADOR RECUERDA Y ESCRIBE...

... Y á los pocos meses de ser ministro el conde de Guadalhorce, la gente empezó á decir:

—¿Qué talento tiene ese hombre!...

Habló en público, y salieron los oyentes exclamando:

—¿Pero qué bien habla ese hombre!...

Y ante unos proyectos renovadores y extensos, preguntaban los curiosos:

—¿Quién es ese hombre?...

—Nadie. Un ingeniero.

Y se resumió, al fin, el juicio público en una interrogación unánime:

—¿Sabe usted, querido, que el ministro de Fomento es una cosa seria?...

—Ya, ya...

Y no se le discute. Porque su nombre, vinculado á las realizaciones felices, es tan sustantivo, que rechaza los elogios.

—Usted—nos aseguró un amigo—no logrará una interviú con el ministro de Fomento. Es decir, una interviú como usted quiere.

Este pobre amigo se habrá convencido de que los periodistas tenemos paciencia y recursos. En Julio solicitamos este diálogo. Pasaron el verano y parte del invierno. El conde de Guadalhorce nos dijo hace días que nuestras cartas no habían llegado á sus manos.

—Bien... Vendremos personalmente.

Los cómodos y aburridísimos divanes de la Secretaría auxiliar saben de nuestros largos soliloquios. Allí, el señor Casas Pérez le hizo al señor Casas Pérez muchas interviús que si fuéramos personajes no quedarían inéditas.

Y una tarde, por fin, nos dijeron:

—Que pase usted.

Y hablamos.

—¿Un retrato?...

—Yo preferiría...—exclamó el ministro.

—¿No! El tiempo perdido nos concede un privilegio indiscutible. Un minuto más. Conquistamos, señor ministro, el derecho á su tolerancia.

Fogonazo. Y adiós.

JOSÉ DE LAS CASAS PÉREZ

Esta noche pasan los Reyes Magos.

ESTA noche — mañana es la fiesta de Melchor, y de Gaspar, y de Baltasar, los Reyes de Oriente—se cambian los nacimientos familiares con la decoración postrera. La estrella que les guía por el sendero de Belén queda suspendida exactamente delante del mismo portal; los Reyes descienden gallardamente de sus cabalgaduras, con su cortejo de servidores y palafreneros blancos y de color, y ante el Niño que ha de verter su sangre por los pecados de los hombres, depositan en holocausto costales de oro,

de incienso y de mirra. De oro que no ha de servirle para nada al Redentor, de incienso que simbolice la suprema virtud, de mirra que es presente de monarcas á monarcas.

Y en el hogar, en todos los hogares, se espera también ansiosamente el término de la cena. Los zapatos se llevan al balcón y á la ventana, y al filo de la media noche, cuando ha cesado el rumor de la última zambomba y el cascabeleo de la pandereta tenaz, se espera el paso de la comitiva real. Los niños saben que los reyes son muy altos, ya que, sin esfuerzo alguno, pueden dejar sus presentes dentro de los zapatitos y á la vera de ellos. Los hombres, menos ingenuos todavía que los bebés, no se fijan cosa mayor en el símbolo augusto de esta noche, porque toda la vida es, para ellos, la esperanza continua de una eterna comitiva, que todos los días se detenga ante la puerta de nuestro corazón, llenándole de un zurrón bien colmado de realidades que nos ayuden á sobrelle-



La hora solemne de la petición: los niños, que han escrito á los Reyes, les recuerdan de viva voz sus deseos, antes de acostarse, por si la carta se pierde.

En la silueta: un insaciable, que, temiendo que sus zapatitos sean demasiado pequeños, pone el calcetín de un gigante para ver si aparece lleno de juguetes.

Y por último, la hora maravillosa de las esperanzas realizadas.
(Fots. Vidal y Agencia Gráfica)

varla. Toda nuestra vida es, en definitiva, una serie de promesas que esperamos á plazo corto. Los mortales — ha escrito Papini—tenemos la vaga sensación de que hemos prometido y de que á todos nos han prometido algo. Es que esperamos ansiosamente todos, cuando ya hemos abandonado los umbrales de la niñez, nuestra noche de Reyes. Perdemos el sueño cuando las primeras cornetas de la cabalgata rompen con sus roncacos acordes los silencios de la noche fría. Nuestros anhelos de ternura, nuestras ansias de amor esperan el paso de los monarcas, caballeros en sus monturas, con la vistosa corte. Queremos que pasen á nuestro lado, que colmen bien colmadas las alforjas de nuestra esperanza, que—lo mismo que ellos en su excursión al Portal de Belén—sigamos la trayectoria de un lucero que nos marque siempre la ruta á lo largo de nuestra vida.

Esta noche es noche de Reyes. Los nacimientos cambian por última vez las figuritas para desmontar los Reyes y arrodillarlos ante el Portal; la estrellita de papel plateado queda suspendida por unos hilos invisibles, encima del portaliño. Los zapatos de los niños reciben, con el beso de la escarcha, el presente de los Reyes. Los hombres contemplamos con un poco de envidia esta noche de Reyes, porque todos esperamos melancólicamente la nuestra.

J. S. R.



SOBRIE EL ESCENARIO, Y ENTRE BASTIDORES

De domingo á domingo.

COMO habrás visto, amigo Faraguti, fui profeta. Te vaticiné que *Volpone* no sería del agrado del público, y ocurrió lo que te había anunciado.

—¿Ni la traducción de Precioso y Sánchez Guerra, ni la adaptación de Jarnés gustaron?

—Ninguna de las dos.

—Y del estreno de *El pájaro sin alas*, ¿qué me cuentas?

—Que este verano, revolviendo papeles viejos el ilustre autor de *La mala ley*, encontró el manuscrito de una comedia que hubo de escribir allá en sus años mozos; y que, parafraseando al famoso alcalde—que aprovechó la feliz casualidad de pasar el *Pisuerga por Valladolid*, para que hubiese regatas—, se debió decir don Manuel: «Aprovechando la feliz casualidad de haberme encontrado esto, se lo regalaré, en Pascuas, al matrimonio Díaz-Artigas, que es gente bien educada.»

—Pues le habrán agradecido mucho la atención y... el recuerdo, ¿eh?

—¡Muchísimo! Figúrate. Pero, en fin, bromas aparte, la comedia del señor Linares Rivas, vale la pena de ser vista, por admirar el arte de la primera actriz del Reina Victoria.

—Y ahora, tú, desembucha; dime la verdad de lo que pasó en *Eslava* con *Noche de verbena*; qué te parecieron los estrenos de la Comedia, del Cómico. ¡Habla, hombre!

—Poco á poco, joven curioso; poco á poco. Empezaremos...

—Diciendo que el maestro Vives esperaba un éxito de clamor con su *Noche de verbena*, y está mohino porque no fué así, ¿verdad?

—Al maestro Vives, que—sobre otras excepcionales cualidades—tiene un gran sentido de la realidad de la vida, no le puede haber sorprendido lo que pasó.

—¿Por qué?

—Porque en el noventa y nueve y medio de los estrenos, el público no protesta más que cuando cree que se le ha engañado, que se le defrauda, que se le «equivoca», como dicen de Puerta de Moros para abajo. Y de ahí muchos fracasos insospechados.

—¿Y eso pasó en *Eslava*?

—Cabalmente. El público madrileño admira y quiere al maestro Vives como cosa propia; fué á *Eslava* con el decidido propósito de hacerle una apoteosis; pasó un buen rato oyendo los expresivos matices de la partitura de *Noche de verbena*, su admirable estructura instrumental, moderna, ágil; la honradez artística del genial autor de *Doña Francisquita*; pero no pudo ovacionarle con el entusiasmo que hubiesen querido, porque el maestro Vives les defraudó llevando á su partitura un *fox*, un *charleston*, un tango, el «pericón» argentino... ¡todas esas bastardías, con las que consiguieron el triunfo fácil los músicos á quienes Vives motejó—injustamente—y á quienes casi «echó del templo»!

—Sobre que, según he leído, piensan volver á estrenar juntos, y entonces...

—Lograrán un seguro desquite.

—Y de la interpretación, ¿qué?

—Selica Pérez Carpio, Lloret y el bajo Olaizábal. El tenor Simón, que lo anunciaban como «bomba», fué sólo un «perdigón» de una carabina de aire comprimido; uno de esos tenores para cantar romanzas al pie de un piano.

—¿Qué da usted por el conde?, en la Comedia, un éxito, ¿no?

—Grande, sí. Sáez y Paso han construido una comedia de enredo, de gracia fina, que dará mucho dinero al afortunado teatro de don Tirso. Y no menos ha de producirle á Loreto y Chicote la obra de Muñoz Seca y Pérez Fernández, estrenada en el Cómico con el título de *El cuatrigémino*. Es un disparatón que sirve muy bien á Loreto Prado de pretexto para que los madrileños sigan testimoniándola su admiración y simpatía.

—¿Y nada más?

—¿Te parecen pocas las cosas que hemos di ho?...

—Pues ahí van dos noticias «calentitas». Las noticias son: que al pasar la Compañía de Maravillas á Pavón—cosa que parece segura—al frente de ella figurará el nombre de Ruiz Tatai; que en *Eslava* se ha leído ya *La picarona*, del maestro Alonso, que ha exigido como condiciones el contrato del gran tenor Juan García y el del graciosísimo Galleguito.

—¿Otra nueva reforma de la Compañía?

—¡Naturalmente!

Por la transcripción,
GIL VICENTE

Don Armando,
autor novel.

El glorioso Palacio Valdés pisa, por vez, primera la escena española.



Don Armando dirige por primera vez un ensayo teatral, secundado por Margarita Robles y Gonzalo Delgrás.

(Fot. Piortiz)

EFEMÉRIDES

31 de Diciembre de 1929. Calle de Alcalá. En el vestíbulo del Teatro Alkazar dos hombres aguardan, transidos por la misma unción—é igual frío—la llegada de «el alegre abuelo de las Letras españolas». Uno de ellos es un actor joven y entusiasta: Gonzalo Delgrás.

A las siete y cuarto de la tarde, D. Armando Palacio Valdés se apea, ayudado por todos, de su coche automóvil. Tardamos diez minutos en cruzar con él el vestíbulo, los pasillos en sombras y llegar, por fin, al escenario donde sólo al glorioso novelista se aguarda, para que las criaturas de su mejor novela cobren vida real, encarnadas en los artistas acaudillados por Margarita Robles.

Es D. Armando quien inicia la charla periodística: —¡Eh! ¿Qué tal? Setenta y seis años he cumplido y aquí me tiene usted, de autor novel, venciendo mis achaques, arrostrando la inclemencia de los cielos, por venir á presenciar un ensayo de mi primera obrita para el teatro...

Sonríe, conmovido, ante esta jovial ancianidad no caduca. ¡Qué sano ejemplo de templada serenidad, de sencillez cumbreña, de juventud del alma, podrían tomar en este novelista, auténticamente insigne, tantos escritores viejos de cuarenta años, anquilosados en una tiesura de falsos ídolos, roídos de humildes vanidades, pálidos de inconfesables ictericias!

Palacio Valdés prosigue:

—Tampoco «Gloria Bermúdez», esta «Hermana San Sulpicio», que me salió tan loquilla y tan enamorada, se ha dado mucha prisa por pisar las tablas. Hace ya cuarenta y un años que corretea por el mundo en el libro...

«AHORA, TODAS LAS NOVELAS PUEDEN CONVERTIRSE EN TEATRO.»

—Pues usted no ha traído antes al teatro *La hermana San Sulpicio*, porque no habrá querido...

—Desde luego. Tengo noticia de diez y ocho adaptaciones escénicas de ella. Pero nunca quise autorizar el tránsito. ¿Por qué?... Por la índole de la novela, sobre todo. Como yo soy católico y tengo muy buenos amigos entre los elementos más pacaos, y se me había censurado tanto el que en la novela hayan salido á relucir y aún á danzar algunas religiosas...

—Que danzarán también en la adaptación escénica, ¿no, don Armando? Porque las «sevillanas» que baila «Gloria Bermúdez» en Marmolejo tienen la sal del mundo...

—Pues, no; en la escenificación se ha evitado ese revuelo rítmico de hábitos y tocas.

Luego mira atentamente, apoyada la barbilla en las manos y éstas en la cayada de su bastón, la pasada de una escena. Su cuerpo sigue el movimiento de los personajes; sonríen sus ojillos azules, de alegría inextinta; balbucean sus labios rojos aún y golosos las palabras felizmente acordadas del diálogo...

—Hablan con las mismas frases que usted puso en la novela, ¿verdad?

—¡Con las mismas! El adaptador ha respetado todo mi diálogo. Por eso le tengo cariño á esta escenificación. ¿Usted cree que resulta teatral mi obra?

—¿Como que creo que *La hermana San Sulpicio* es, más que novela, teatro! ¿Cómo no la hizo teatro, al pensarla, usted mismo?

—Porque en mis años mozos, del teatro no me interesaban más que las amistades. Hice mucha vida de escenario; pero sólo como amigo de todos. Casi fui yo quien casó á la Mendoza Tenorio con Tolosa Latour... Pero, artísticamente, el teatro de entonces era muy distinto al que yo hubiera escrito.

—¿Qué teatro habría sido el suyo?

—¡Hombre!... Un teatro de acción dispersa, como los antiguos, como hoy apunta. Hace cuarenta años las comedias eran redondas: una sala lujosamente amueblada ó un comedor pobremente amueblado, para los tres ó los cuatro actos. Una exposición, un nudo y un desenlace, y hasta una moraleja ó una tesis filosófica, y todo sin salir de aquellas cuatro paredes... Ahora, con la libertad conquistada por los autores de avanzada, una obra puede tener, como una novela, diversos cuadros. Nada nuevo, por supuesto; así procedían Lope, Calderón, Moreto, y sobre todos ellos, Shakespeare. Las tragedias de éste, ¿qué son sino novelas dialogadas?

DON ARMANDO ESPERA ESTRENAR TRES COMEDIAS MÁS ESTE AÑO

—¿Volverá usted, después de la prueba de *La hermana San Sulpicio*, á estas andanzas teatrales?

—Si tiene buen éxito, desde luego. Ya le digo que ahora puede hacerse teatro sin perder el escritor su independencia. ¿Que cuántas obras preparo?... ¿Yo? Ninguna. Pero confío bastante en el talento de mis adaptadores. Son éstos, al menos los autorizados por mí, Enrique de Alvear, que ha escenificado *Los majos de Cádiz*; el conde Cello de Portugal, que ha adaptado, muy bien por cierto, *Los cármenes de Granada*—claro que variando el final, pues aquello del hombre que se ahorca no podía llevarse á la escena sin gran peligro—; y el barón de Mora y Salas Merlé, los escenificadores de *Pequeñeces*, que han hecho otro tanto con mi novela *El cuarto poder*. Esta es la que en mi opinión tiene más enjundia dramática...

—¿Y *La espuma*?

—¡Claro, claro! Podría hacerse de ella algo verdaderamente teatral; pero tan atrevido, tan avanzado... Me volvería á enemistar con los mojigatos; y, la verdad, aunque sea un novel, aunque tenga aún arrestos para venir á dirigir los ensayos y hasta valor para asistir entre cajas á las incidencias del estreno, yo ya no estoy para disgustos..., sino para sopitas y buen vino.

JUAN G. OLMEDILLA



Eva...

**sus
caprichos,
sus
elegancias,
sus
extrava-
gancias.**

La elegancia
deportiva
de las
patinadoras
y de las
"skieuses", en las
montañas
de Suiza...
y en los estudios
de Hollywood.

A la derecha: vesti-
do para "ski". Modelo
de cuero color rosado y
negro. El cierre de la blusa
y el corte del pantalón
son muy originales
nuevos.

A la izquierda: otro
modelo para "skieuse". V
estido de lana gris, est
holandés, creado por
ne Regny. Pantalón a
plio y "jaquette" con

En el centro: la libre
interpretación de un ves
tido de nieve y monta
por una actriz de Holl
wood que conoce muy
la montaña y la nie
convencionales de los
corados cinematográ
cos.

(Fots. Vidal)

Los futuros de España en la Escuela de Orientación Profesional



primaria van allí á diario á aprender un oficio. De taller en taller, destacan las aptitudes y la vocación de cada uno. Pronto, de hecho, se advierte para lo que sirven. A lo que sirven se les destina. Nosotros les vimos junto á la fragua, vistiendo, humildes y contentos, el traje honroso y salvador de los obreros manuales. Y les acompañó unas horas nuestra simpatía, é incluso nuestra emoción. Porque si el trabajo pide, exige en todo momento reverencias admirativas, nunca con mayor justicia podrían rendirse que ante el espectáculo—bello por tantos conceptos—de una noble legión de niños que aprenden cantando, martillo en mano...

LA CREACIÓN DE LA ESCUELA

Se trata de una creación afortunada del Ministerio de Trabajo. Y la iniciativa, á la que prestó acogida inteligente el ministro, señor Aunós, fué del director general, don César de Madariaga. Nos impulsa en este caso á citar los nombres un senti-

Un grupo de alumnos de la Escuela de Orientación Profesional, trabajando en el taller de hojalatería.

EN LA ESCUELA DE ORIENTACION PROFESIONAL

EN el barrio de Embajadores está instalada la Escuela. Así, con mayúscula, amigo linotipista. No se equivoque usted. No nos referimos, claro está, á una escuela de tantas, á una escuela como hay muchas. Se trata—con mayúscula, ¿eh?—de una Escuela en serio, que reúne, á nuestro juicio, las características principales de la «escuela-activa» y del «taller-escuela».

Escuela práctica... ¿Para qué sirve esa Escuela?... En ella—¡ay!—no se hacen sabios. Esa pretensión, quizá, y hasta sin quizá, colocar á la Escuela en los linderos de lo anodino. De allí salen para perfeccionarse en las Escuelas de Trabajo, y ser después carpinteros, ajustadores, hojalateros... Es decir—¡lo escribiremos!—, de aquella Escuela—con mayúscula, querido linotipista—salen los hombres duros y recios que necesita un país ple-tórico de licenciados y de doctores y, por tanto, de latifundios sin cultivar. Más de doscientos niños que recibieron instrucción



Los futuros forjadores y herreros, aprendiendo el oficio en la sección correspondiente de la Escuela.

Don César Madariaga, director general de Corporaciones, á cuya iniciativa, acogida inteligentemente por el ministro de Trabajo, señor Aunós, se debe la creación de la Escuela de Orientación Profesional.



miento imperativo de justicia. La obra que subrayamos es algo vivo, aunque no sea en su intimidad acogedora bien conocida del público. Pero ahí está, abierta a las curiosidades y á las investigaciones científicas... Seguros de su vitalidad y de su grandeza, id á esa Escuela, letores. Visitadla. Recorred, uno á uno, sus talleres. La Escuela, en sí misma, es una lección de altísima ejemplaridad social. Es una Escuela de Trabajo. Que en estas líneas no vea nadie, sin embargo, un desdén, que sería injusto, y en nosotros sería absurdo, hacia esas escuelas, necesarias y meritísimas, donde triunfa la enseñanza teórica y el esfuerzo de los pequeños ante el sugerente libro abierto. Pero lo cierto es que nosotros reaccionamos así, cerca de la novedad que en nuestras prácticas pedagógicas significa esa Escuela. Y sin regateos, con espontánea sinceridad, consignamos lealmente nuestras personales impresiones.

CÓMO SE APRENDE UN OFICIO

En la Escuela funcionan cuatro talleres:

Ajuste mecánico y cerrajería.

Carpintería, ebanistería y talla.

Taller de forja.

Hojalatería y fontanería.

Si la Oficina de Orientación, en la que hay psicotécnicos expertos, no hace indicación en contrario, todos los alumnos pasan por los talleres mencionados. Así, de esta manera, adquieren lo que llamaríamos una cultura práctica, actuando sobre diversas realidades de trabajo. Y lo más importante es que se destacan las inclinaciones, las aptitudes del chico hacia determinado oficio. Es decir, se define ó, mejor, se concreta la vocación.

El sistema de enseñanza obedece á un plan clarísimo de normas pedagógicas modernas. Se desarrolla en dos cursos. El trabajo en los talleres es de tres horas diarias, y se ajusta á un movimiento gradual de ejercicios que persiguen, metódicamente, adiestrar al chico en el uso de las herramientas de producción. Conviene destacar un dato importantísimo. Es el siguiente: se procura, y se consigue, que el alumno tenga iniciativas, y ellas constituyen un elemento de juicio acerca de su capacidad y de su acierto. Hay también enseñanzas orales; pero no para que los muchachos aprendan nada de memoria. En una conversación, que nunca tiene características de discurso, los profesores plantean ante los chicos cuestiones asequibles, á base de cualquier suceso de actualidad.

Los que cumplen esta misión son muy pocos, pero muy entusiastas y muy bien preparados. Bajo la dirección del señor Madariaga, trabajan D. Ricardo Vinós, capacitadísimo, al frente del departamento técnico; el ingeniero D. Guillermo Krahe, jefe de talleres; la señorita Mercedes Garrido y D. Luis Ortiz Aragnés; profesores ayudantes, ayudantes meritorios, maestros de taller y ayudantes de taller...

Así, en dos años, al abandonar la Escuela, el chico no será un obrero experto; pero estará científicamente preparado para un rendimiento efectivo y rápido en los talleres patronales. Y si por circunstancias de familia no pudiesen concurrir á las Escuelas de Trabajo, ya los chicos no serán en esos talleres los antiguos aprendices, sino muchachos con noción del oficio elegido.

LA SANA ALEGRÍA DEL TRABAJO. LO QUE PEDIMOS NOSOTROS

... Y sobre todo, por encima de todo, lo que enseña esta Escuela á los niños tiene un valor moral insuperable. La Escuela de Orientación enseña la sana alegría del trabajo. En los talleres entran á raudales el aire y la luz. Trabajan los niños con ingenua ilusión conmovedora. ¡Como si corrieran y jugaran!... Diríase que les capta el espíritu de la Escuela. Se afanan, se abstraen.

Algo, por eso, tenemos que pedir al Gobierno. Los niños, que son pobres, hijos de obreros, hacen, durante su aprendizaje, jarras, regaderas, objetos útiles... El reglamento del Centro dice que esas cosas deberán venderse. ¿Por qué? ¿Qué apetecible rendimiento obtendría el Estado? No. Venderlas, no; regalarlas á los niños. Que vean, que disfruten las ventajas del propio esfuerzo. Es útil, desde luego, que aprendan. Pero también es útil que sepan desde chiquitos que el humano trabajo nunca debe ser estéril.

C. P.



Los alumnos de la Escuela de Orientación Profesional visten, humildes y contentos, el traje honroso y salubre de los obreros manuales... Y así posan, ante el fotógrafo, para CRÓNICA.



El cuadro de profesores y maestros de taller, de la Escuela.



Aspecto de una clase, durante una lección teórica.

El público dominical de los teatros es, según Valeriano León, el que se ríe más fuerte, más tiempo y más veces... -¡Da gusto trabajar para él!- exclama el gran cómico...

EN CONTADURÍA

NOTAN ustedes diferencia entre el público de los domingos y el del resto de la semana?

-Completa. El de los domingos es un público exclusivamente de domingos.

-¿El mismo todos los domingos?

-Depende de la función que se haga. Cuando tropezamos con la obra de éxito, el público se renueva de domingo a domingo.

-¿Totalmente?

-No. Muchos repiten. Especialmente niños y medias parejas.

-¿Medias parejas?

-Verá usted. Ocurre que un domingo viene un señor con una joven, y al domingo siguiente vuelve la joven con otro señor, ó aquel señor con joven distinta. Esas son las medias parejas.

-Ya. Y dígame. ¿Se encarga mucho en contaduría para los domingos?

-Mucho. El sábado quedan vendidas casi todas las butacas de tarde y, desde luego, todas las delanteras de anfiteatro.

-¿Palcos?

-También. Sobre todo plateas, bajos y entresuelos. Los altos se venden cuando no queda otra cosa.

-¿Quiénes ocupan los palcos los domingos?

-Por lo general, familias con chicos. Algunos provincianos...

-¿Parejas?

-Pocas. Desde que están sujetas las cortinas y hay luz en los antepalcos, se ha dignificado esta localidad. Antes había matrimonio joven que no venía á palco para que no le confundiesen. Hoy le ocupan más confiados.

-¿El público de butacas?...

-En su mayoría, burgués y obrero. Muchachas, muchachos, chicos mayorcitos... Es un público muy variado.

-Desde luego, para ustedes y para el taquillero será el día de mayor trabajo, ¿no?

-Para el taquillero, sobre todo. Hay quien no sabe lo que quiere. Hay quien se clava en la taquilla y comienza á preguntar por determinadas localidades: «Dos butacas de pasillo de la fila 10.» «De la fila 10 no hay de pasillo.» «¿Qué números quedan?» «Del 9 al 31 y del 8 al 12.» «¿Y de la fila once?» «Tampoco. Si quiere usted de pasillo ha de ser en la fila 24.» «Es muy lejos. ¿Tiene usted libres las delanteras 34 y 36 del anfiteatro principal?» «No, señor; quedan las 86 y 88.» «¿Y las 21 y 23 del anfiteatro entresuelo?...» Calcule usted la desesperación de los colistas y del taquillero cuando el preguntón acaba diciendo: «Volveré el domingo. Hoy no me gusta lo que queda.»

-Verdaderamente... Pero el público dominical, en globo, es bueno, ¿verdad?

-¿Ha dicho usted en globo? En dirigible mandaba yo á algunos al Polo.

-¿Por pesados?

-Por sirvergüenzas. Los hay que se aprovechan de las prisas para intentar colarme duros de plomo y billetes... casi del tranvía. Y no faltan los que quieren llevarse las localidades fiadas...

-¿Hola!

-Algunos tienen gracia. Los hay de buena fe.

-¿Sí? Diga.

-Esta misma tarde me ha pedido un joven dos butacas, diciéndome que no tenía dinero; que había invitado á su novia y que me daba su palabra de pagármelas mañana.

-¿No se las fiaría usted?

-¡Hombre!... Yo miré por encima de su hombro y vi la cara de la novia. Unos ojos grandes y risueños que miraban al cartel con un gesto de gozo anticipado... ¡y qué demonio! ¡Como uno también ha sido cha-



El público... El buen público de los domingos... Medias las filas, hay un señor que, al sentirse enfocado, se apresura á taparse el rostro con el programa... El gesto hace reír á su vecina de localidad...



Aurora Redondo, la graciosísima "Marquesa de Matute", y sus doncellas, señoritas Redondo y Ferrer, sorprendidas por el fotógrafo durante un entreacto... La más sorprendida es la futura pequeña actriz que Aurora tiene entre sus brazos.



El reportero aprovecha la visita para "colocar" una obrita al primer actor... La obrita tiene pretensiones de ser muy graciosa... Pero Valeriano León, á medida que escucha las escenas, se pone cada vez más triste.

(Información fotográfica, F. del Río)

ENTRE BASTIDORES

—¿Cómo se pasa aquí dentro el domingo?—preguntamos a Valeriano León, cuyo nombre nos releva de todo elogiador ditirambo.

—Como otro día cualquiera. El domingo es más trabajoso para el actor cuando la codicia de la Empresa hace dos secciones de tres actos por la tarde. Esto no suele ocurrir; el empresario es también actor. Mi caso, por ejemplo.

—¿De modo que tú pasas la tarde...?
—Ya lo ves. Con estos amigos.

Estos amigos son Manolo Casanova, el gran periodista, alma del zaragozano *Heraldo de Aragón*; Pepe Quílez, el colega de *El Imparcial*; Ricardito Ruiz, representante de Valeriano...

—Y ¿qué hacéis? ¿Jugáis?

—Charlamos... Mejor dicho, charlan. Yo intervengo durante los entreactos nada más.

—Ya está bien—interrumpe Quílez—; déjame que acabe de contar á estos el cuento del alemán que asustaba á su mujer... «Pues veréis: era un alemán—Frédéric—que se casó con una muchacha excesivamente ingenua...»

Salimos, camino del escenario. Aurora Redondo, en su cuarto, distribuye su vacación de minutos en chillar á su sobrina, graciosa muñeca de grandes ojos absortos, y en resolver un complicado problema entre una trama de lana y cuatro agujones larguísimos.

Luna, el galán, charla con un amigo en su cuarto, cuarto coquetón y grato; cuarto de galán de comedia verdaderamente.

En un salón destartado, entre cajas de decoraciones y baúles arrinconados, maquinistas y electricistas juegan, agrupados.

¿Al mus, al tute, al dominó?

¡Ca!

¡Al Parchiss!

Huimos.

EN LA SALA

Ha terminado el primer acto.

Valeriano, gentil, manda subir el telón, y mientras el camarada fotógrafo prepara la máquina, se adelanta á rogar al público que permanezca en sus localidades hasta que se tire la estampita. Nadie se mueve.

Percibimos un bisbiseo de complacencia, cuya onomatopeya puede traducirse por un «nos van á retratar, nos van á retratar...»

Mediadas las filas hay un señor que, al sentirse enfocado, se apresura á taparse el rostro con el programa. En la fotografía se le atisba claramente. No acertó ó no pudo cubrirse totalmente. Y lamentáramos que en el trozo de cráneo que dejó al descubierto inquiriesen una pista los ojos escrutadores de una cónyuge sagaz y desconfiada. A su vecina de localidad —¡vedla cómo ríe!— parece que la hizo gracia el gesto del asustadizo, ó tal vez una maliciosa coincidencia de pensamiento con nosotros.

Reintegrados al cuarto de Valeriano, que se ha prestado á nuestra información con una galanura que agradecemos en lo que vale.

—Dime, Valeriano. ¿Tú adviertes diferencia entre este público dominical y el del resto de la semana?

—Claro, hombre. El público de los domingos se ríe como ningún otro.

—¿Más fuerte?

—Más fuerte, más tiempo y más veces. Da gusto trabajar para él. Es delicioso. Si todas las obras cómicas se estrenasen en domingo, no fracasaría ninguna...

Pensamos, en consecuencia, que deben continuar estrenándose los viernes.

Llega el segundo apunte, presuroso.

—¿Doy la tercera?

—Dala.

El cuarto de Valeriano se ha colmado de amigos: Ribas, Domingo, Muñoz, Lorente...

Joaquín, el simpático y diminuto «ayudante» del gran actor en pequeño, nos cuenta que se ha encontrado cuatrocientas pesetas en billetes y que las ha depositado en la Alcaldía.

Elogiamos el rasgo, y le brindamos la publicación de su honrado gesto.

Joaquín nos responde con un mohín que no casa con la satisfacción que esperábamos había de producirle el ofrecimiento.

—¡Oh, noble ciudadano! ¿Unes á tu inmaculada austeridad una modestia de verdadero filántropo? Publicaremos tu rasgo noble y haremos destacar tu deseo, ese deseo que adivinamos en ti, de que tu cívica conducta permanezca en el silencio...

—Mejor es que no haga *usted nada*, ¿sabe?... Que no publique nada... Porque resulta que si al cabo de un año no ha aparecido su dueño, esas pesetas me las sacudirán á mí... ¿*Usted* me comprende?...

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

¿Qué recuerda usted de su infancia?

A D. Amadeo Vives no le gustaban los juguetes; era muy aficionado á dar saltos y brincos, y hubiera sido médico de no haber nacido músico y literato.

PADRÓN.—UN AÑO MÁS JOVEN QUE ROSARIO PINO

EL maestro Vives trabaja. (¿Cuándo no trabaja D. Amadeo?)

Al recibir nuestra visita suspende su labor.

—Ya ve usted. Tengo encima el estreno de *Eslava* y aún no he terminado la orquestación. Llevo doce horas trabajando hoy; desde las seis de la mañana sin dejarlo. Y, ¡qué fatalidad!, cuando más necesito tiempo, parece que todos se empeñan en distraerme. Todo el día me están llamando al teléfono... Pero, ¿qué hacer?... En fin; estoy á su disposición. Voy á dedicarle unos minutos, que esta noche robaré al sueño.

Don Amadeo Vives responde á mis preguntas:

—Soy un año más joven que D.^a Rosario Pino. Esto me recuerda una frase muy frecuente de Rusiñol á Enrique Borrás: «Yo soy un año más joven», le dice D. Santiago. Y Borrás se enfada mucho. Doña Rosario es muy comprensiva y sincera, y estoy seguro que porque diga esto no se molestará conmigo.

Vine al mundo un 18 de Noviembre. Corría el año turbulento de 1871. Un pueblecito catalán me vió nacer: Coll Bató (Barcelona), enclavado en las mismas rocas de las montañas de Montserrat...

Mi padre había nacido en 1814. Cuando terminaba sus estudios de cura, se arrepintió, se casó y después hizose secretario de Ayuntamiento. Se llamaba Rafael Vives y Solá.

Mi madre llamábase Josefa Roig y Deu.

Mis apellidos significan ímpetu, fluidez, movimiento:

Vives = cosa viva,

Roig = rojo,

Deu = manantial.

Hemos sido catorce hermanos. Ya sólo tres vivimos: Camilo (sacerdote), Juan (jefe de estación jubilado) y yo.

«ENTRE PINOS Y ROCAS SALVAJES»...—VIVES, AUTODIDACTA

—Me crié en plena montaña, entre pinos y rocas salvajes, en un paisaje ampliamente bucólico, pródigo en aguas. Ambiente risueño como el de las costas italianas...

Fuí á la escuela. Fuí al Instituto. Me hice bachiller, y abandoné los estudios oficiales. Quería educarme por mí mismo, lograr mi propia formación.

«ME ENCONTRÉ QUE ERA MÚSICO DESDE QUE NACÍ».—CANTOR EN LAS IGLESIAS DE BARCELONA.

—Me encontré que era músico desde que nací. Apenas contaba cinco ó seis años, y recuerdo que mi hermano Camilo me daba ya lecciones de música. A los doce años me trasladé con mi familia á Barcelona, donde canté en las iglesias mientras estudiaba con varios maestros. Entre otros fueron mis profesores Rivera y Pedrell. Dos años más tarde comencé mis trabajos de composición para piano y cantos de iglesia. Hacía villancicos, misas... Daba lecciones, tocaba el órgano en los conventos... Trabajaba y ayudaba á mi familia.

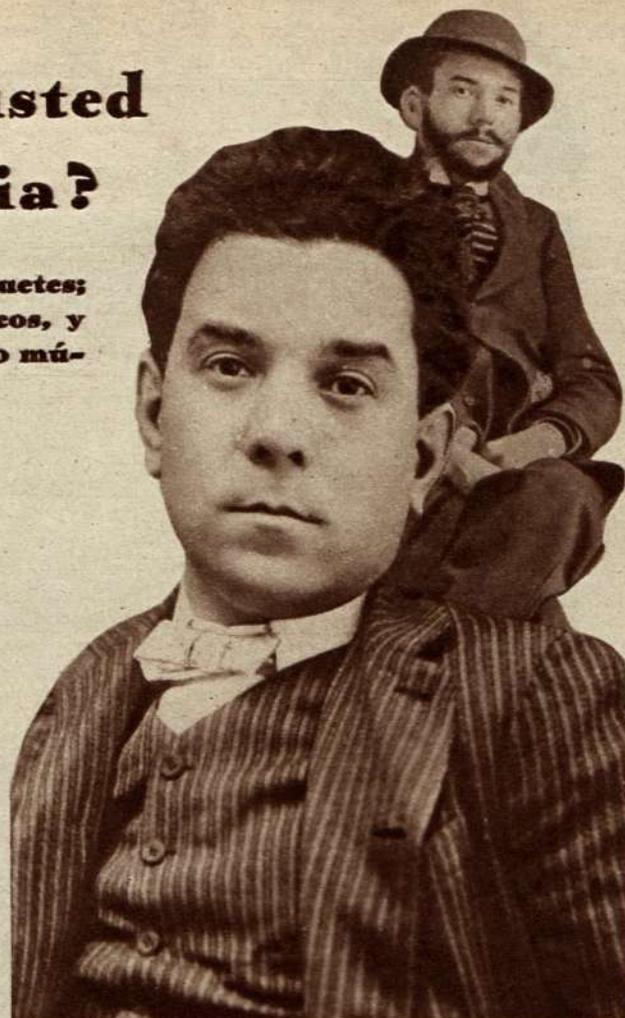
«ME GUSTABA MUCHO SALTAR Y BRINCAR»

—Desde pequeño me gustó tanto la música y la literatura que nunca pensé ser otra cosa que escritor ó músico. Y dado el caso de que nada de esto hubiera podido ser, hoy sería médico. Esta es la profesión que, fuera de la mía, más me sedujo entonces, cuando era niño, y aun hoy.

Nunca tuve afición á juegos concretos. Me gustaba mucho saltar, brincar, correr. Me seducía todo lo que era desbordante, lo que representaba una alegría desbocada, loca, irrefrenada.

«ROBÉ EL PRIMER CIGARRILLO Y ME ROBARON LA PRIMERA ILUSIÓN»

—El primer cigarrillo que fumé lo robé á un amigo de mis padres, que todas las tardes venía á visitarnos. Tendría yo seis ó siete años. Un día en que, como de costumbre, vino á casa nuestro amigo, me tentó la



El maestro Vives no guarda retratos de cuando era niño... Pero, en cambio, hemos podido encontrar estas dos fotografías de juventud, en las que el ilustre músico, con barbas á los diez y nueve años y sin ellas más tarde, aún conserva no poco de su expresión infantil.

idea. Yo había observado que el buen señor guardaba su tabaco de *cuarto* en el bolsillo de la americana. Me decidí, al fin... Deslicé, como pudiera hacerlo cualquier descuidero insigne, mi pecadora mano con tal habilidad que sin que nada se advirtiera, un cigarrillo se encontró en ella. Salí, cauteloso al principio, y como alma endiablada después, hasta que me encontré seguro tras las tapias de la corraleda. Allí, hecho un hombrecito, encendí el pitillo... ¡Nunca lo hubiera hecho! La primera chupada me hizo perder el sentido y caer á tierra... Cuando me desperté estaba en mi cama. Jamás se me ocurrió, después, quitarle á mi padre—que era muy fumador—un solo cigarro.

Mas si yo robé el primer cigarrillo, á mí me *robaron* la primera ilusión. En todos los pueblos de Cataluña se celebra anualmente la Fiesta Mayor. En estos festejos—hechos á la usanza vieja y maltrecha—se rifaban unas roscas, allí llamadas *garlandas*, que son mayores que los salvavidas. Me habían regalado unas papeletas. Cansado de correr todo el día, á la hora de la rifa quedé dormido... Soñé que me había tocado la *garlanda*, que me la comía despacio y hacía rabiarse á los demás, pues me pedían y no les daba... Cuando me desperté me dijeron que, en efecto, me había correspondido en suerte la rosca. Pero mis amiguitos y las visitas se la habían llevado toda trocito á trozo. Me quedé sin probarla; pero la lloré como yo creo que no he vuelto á llorar por nada... ¡Era mi primera desilusión!

«ARTUS».—«DON LUCAS DEL CIGARRAL»

—Mi primera producción teatral la estrené en el Teatro Novedades, de Barcelona, en 1897. Era una ópera en cuatro actos, titulada *Artus*.

En Madrid estrené por primera vez—en el Teatro Price—la graciosísima comedia de Rojas Zorrilla *Don Lucas del Cigaral*, arreglada por Luceño y Fernández Shaw (padre). Fué en 1898.

DOS CANTANTES QUE BUSCAN PADRINO

Cuando me despido del gran compositor irrumpen en escena, inopinadamente, sin saber cómo, dos cantantes:

—Maestro, somos cantantes. Hemos estudiado sus obras; quisiéramos que usted nos oyera y ayudase.

Vives:

—Bien. Sí... Pero... Estoy muy ocupado, ¿saben? Vayan á *Eslava* y digan que van en mi nombre. Yo no puedo...

Salen. Don Amadeo me tiende su mano izquierda, que estrecho. En la derecha debían bullirle las melodías...

R. DIAZ ALEJO



Verdugo Landi, pintor del mar.

El gran marino
Ricardo Verdugo
Landi, en su estudio.

Si Ricardo Verdugo Landi hubiese vivido hace tres siglos, sin duda habríale quemado entre sus cuadros la Santa Inquisición, por brujo. ¡A qué otra causa que á hechicería, en efecto, pudiera una mente de inquisidor achacar el prodigio de incluir dentro de los límites de un marco la evidencia tangible de un elemento tan flúido como el agua de los mares? Nosotros mismos, que nada traicionamos de inquisidores, que de ninguna manera quemaríamos á Verdugo ni tampoco el menor de sus cuadros, nos inclinamos á suponer sobrenaturales pactos suyos con potencias ocultas, para explicarnos de cualquier modo su secreto artístico...

Discurriamos así, en el estudio del pintor, mientras contemplábamos centenares de marinas: la mayoría, apuntes; el resto, telas de considerables dimensiones, á medio terminar aún, donde una paleta experta desarrolla ampliamente la impresión fugitiva, inasequible, de un momento cósmico. Teníamos delante toda la magnitud y toda la belleza del mar, con sus fisonomías múltiples, al punto de antojársenos que iba á desbordarse de los pequeños y los grandes óleos la líquida avalancha, inundando el recinto, envolviéndonos, ahogándonos. Era algo alucinatorio á fuerza de existente, quimérico á fuerza de verdadero... Y Verdugo Landi, el mago, sonreía.

—He pintado miles de marinas—especificaba—, pues el mar ejerce sobre mi temperamento una influencia honda, y como he pintado las marinas á miles, acaso haya adquirido, al especializarme, cierto tino de marinista. Yo estimo que debo mi popularidad á la circunstancia de escasear los cultivadores de este género, aunque ofrece un inagotable acervo estético.

—No escasean los marinistas sino porque su género está lleno de dificultades que en otros géneros lo gran salvarse mejor—observamos.

Ricardo Verdugo callaba por modestia, persuadido,

no obstante, de lo que aducíamos; callaba, y entretanto, hablaban las obras del estudio. Un lienzo en curso de ejecución reproducía, desde su caballete, el formidable salto de una ola que se estrella, salpicándonos literalmente de espumas y agua pulverizada; lejos de sugerirnos calidades más ó menos sólidas, el artista había hallado la exacta calidad casi gaseosa del líquido al romperse con ímpetu, según había hallado el exacto rasgo dinámico, lejos del frío empaque espectacular que lo inmoviliza todo; se trataba de la naturaleza sorprendida á maravilla, y se trataba también del choque percibido frente al espectáculo de la naturaleza.

Repetía el milagro cada marina de las que nos rodeaban, muy distintas, empero, á través de diversas latitudes: mares del Sur azules y tranquilos bajo el sol de fuego, mares del Norte verdes y procelosos bajo el cielo gris, mares de borrasca sucios bajo nubes negruzcas, su conjunto evocaba la infinita variedad del mar, innumerable y polimorfo, y esta variedad infinita procedía de un sólo pincel, de un sólo hombre.

Se comprende el éxito rotundo que en seguida premió la maestría de Verdugo Landi y que no amengua; mas no llega á comprenderse su maestría asombrosa, inverosímil, rayana con la taumaturgia. Imposible parece que el color aliado al dibujo alcance tamañas cimas de expresión, hasta el extremo de que no advertimos su esfuerzo y apenas nos percatamos de un mérito innegable, lo cual constituye á la postre un mérito máximo, á trueque de sus paradójicas resultancias. Lo cabal no da nunca idea de trabajo para crearlo, é impone la ilusión de que ha surgido cabal. Cabales se identifican las creaciones de nuestro marinista, y por ello no pensamos en la tarea penosa del que las elabora, prefiriendo creerle un hechicero á cuyo conjuro surgen creaciones cabales...

Queríamos encontrar en la pintura de Verdugo su

talón de Aquiles, el detalle vulnerable por donde flaqueara, ya que irrita inclusive tal dominio de los recursos técnicos; no lo encontramos, sin embargo, y hemos de proclamar su irritante invulnerabilidad. Nos satisfaría definir su procedimiento, un procedimiento fuera de clasificaciones; á menudo hurta la pincelada, y con frecuencia se aproxima al impresionismo, despreciando las teorías, buscando una oportuna exteriorización de aquello que interpreta é interpretándolo con ánimo sincero. Siquier se desprege de las novísimas escuelas, jamás se denota academicista, y no osaríamos conceptuarle clasicista de buenas á primeras, por no aventurar lo inseguro.

—Ignoro en qué consiste para algunos la vanguardia del arte—nos decía—. Á mi entender, avanza el artista que se acerca al ideal común, eterno, y retrocede el que inventa un ideal, pretendiendo que se recomience el camino. Además, cuantos veneramos la luz reveladora desechamos las tinieblas de índole esotérica, sin perjuicio de acusarse misterioso á ratos el origen de lo que disipa los misterios. Un poco de honradez por cuenta de unos y otros destruiría pronto ese equívoco pueril.

He aquí, planteado claro, el problema de la modernidad artística. Se es modernizante ó arcaizante cuando no se sabe ser más; cuando se sabe, se es á secas, en absoluto, sin prejuicios. Velázquez ó Goya no son antiguos ni modernos; son lo que son, y permanecen. No se quedan retrasados, repitiéndose, la naturaleza y sus reflejos. ¡Por qué tildar, entonces, de moderno ó antiguo al artista que capta los reflejos de la naturaleza?...

Y ahora, al margen de doctrinarias preocupaciones, apliquemos á Ricardo Verdugo Landi nuestra comprobación diáfana y simple. Es un pintor del mar á quien la realidad emociona profundamente, y que, por su parte, nos devuelve la realidad profundamente emocionada.

Solana ó el carácter.

TENEMOS comprobado y proclamado que en España, país de pintores, los pintores suelen pintar muy bien, cosa que no es poco; pero abundan entre ellos quienes se limitan á pintar muy bien, cosa que no basta. Por ejemplo, si se reproduce á maravilla friamente un paisaje cualquiera, este paisaje carecerá de la doble emoción que lo avaloraría sin duda, y sin duda nos dejará fríos; para que seduzcan, han de resultar siempre emocionados y emotivos los paisajes que traduce el arte, amén de no resultar nunca unos paisajes cualesquiera. Lo mismo procede ahora oponer acá á otros géneros pictóricos, de modo que sintetiza tal distinguido el aserto de que se halla falta de carácter buena parte de la presente pintura española.

Así, cuando brilla un pintor español característico, de los que no abundan, aunque los hay, sus obras sirven de regalo espiritual á nuestro anhelo. Y un pintor español característico—característico, además, por español—supone ese apasionado de sintomáticas facetas étnicas que se llama José Gutiérrez-Solana. A él debemos la interpretación honda y sincera de infinitos aspectos nacionales, muchos inadvertidos hasta entonces por añadidura, cuyo conjunto comporta vasto panorama ideológico, no literario y menos aún falso.

Falso, jamás. Su naturalismo externo é interno le suscitó al principio numerosas antipatías y á la postre se impuso. Solana no refleja bellezas halagüeñas ni hace retratos de encargo; exalta lo que le conmueve, sin preguntarse lo que estará dentro de los cánones académicos; posee una especial manera de ver que ensombrece cuanto le atrae, y desecha las banalidades; pinta para sí, en fin, desentendiéndose de influencias y prejuicios. Comprenderéis que un artista de semejante temple no implique el tipo de artista que se disputan los salones mundanos y cosecha elogios de los críticos miopes. Afortunadamente, tampoco aspira á estas ventajas.

¿Qué le interesa? Desde luego, los espectáculos de raigambre popular, algunos llamados á desaparecer: carnavales y capeas de pueblo, bailes chulos, un cuarto de coristas en el teatro, el carro de la carne que pasa... Le interesan, y los plasma su factura recia, diferente de facturas ajenas, según criterio sólo suyo; le interesan, y como le interesan, los torna interesantes por intrínseco interés y por el interés que les presta un pincel interesado, interesando á los demás, quizá sin pretenderlo. Virtud magna del carácter, que Solana busca con ahinco y encuentra con fruición.

Asimismo le tientan los despojos de ayer que hacen al abrigo de vitrinas de museo, arrinconados en trastiendas de prenderías ó bajo el polvo de los desvanes: maniqués roídos de polilla, alucinantes figuras de cera personalizando el recuerdo de difuntos, relojes donde se marca una hora remota, vestidos fuera de uso y trágicos cual desmayos fantasmales, muebles y *bibelots* de otra época. Le tientan, y los pinta también, saturándolos de su propia alma, hiperestésica alma de anticuario sentimental...

A través de estos cuadros, discernimos un amor á la minucia desdeñada, y, sin embargo, elocuentísima. Solana percibe por lo pronto y manifiesta después una latencia oculta de lo inanimado, descubriendo matices increíbles de lo que no solicita la unánime atención, creando miles de sugerencias maravillosas.

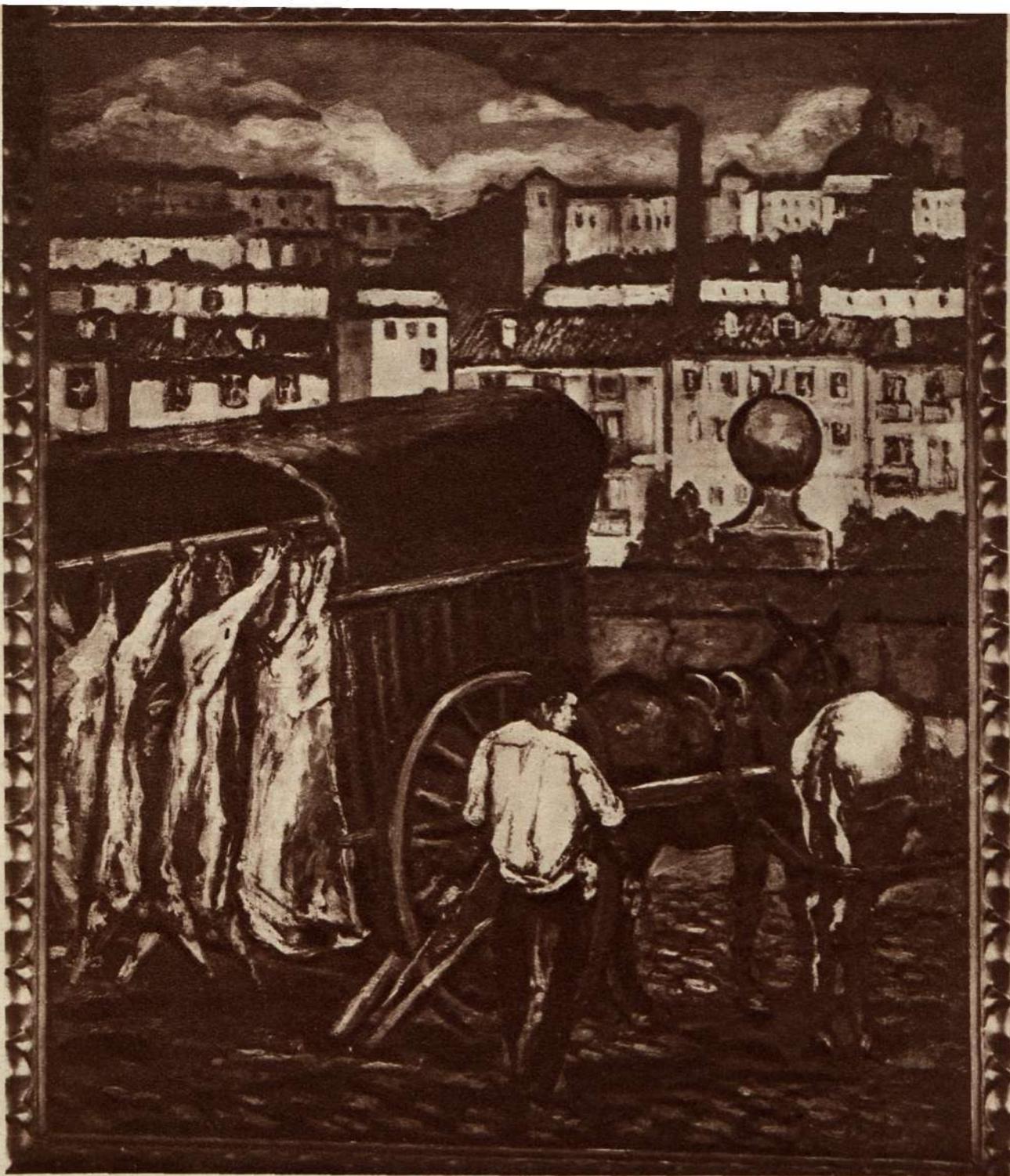
Cabe, pues, deducir de las anteriores consideraciones la consecuencia de una originalidad perfecta, de un punto de vista individual que no toma nada á nadie y ofrece caras inéditas de todo. Por no tratarse de originalidad bastarda, acusa la de nuestro gran pintor antecedentes, unos nobles antecedentes que se llaman el Greco, Goya, Manet, antiguos y modernos, como antiguo y moderno se denota él propio, sin parecerse sino á sí propio, en suma.

Tamaño ausencia de eficacias postizas y tamaña honradez nos llevan á una conclusión paradójica por lo que á la técnica atañe. En efecto, Solana no se entrega á una técnica preconcebida, y de lo que denominaríamos su atecnicismo surge una técnica *sui generis*, única, inconfundible. Proviene el secreto de su estilo de que integra un estilo sin secreto, estilo que no sorprenderán los cazadores de secretos, porque ha ido sintiéndolo su voluntario autor al cabo de íntimas inquietudes, y no se exterioriza el sentimiento mientras no se sienta.

Compendia tantas cualidades la cualidad máxima del carácter que apuntábamos. El carácter define á Solana y sus lienzos, un carácter sólido, con repugnancias hacia lo bonito—por lo general, horro de sabor—y sin miedosas incertidumbres. Gracias al carácter, adquieren los objetos inclusive, prescindiendo de los rasgos humanos, su fisonomía auténtica, su existencia ultraterrena, al extremo de facilitarnos una imagen subrayada de la vida.

No procura Solana contener enseñanzas, y enseña, puesto que le sobran verdades por decir. Decir estas verdades constituye la verdadera finalidad del arte, á nuestro juicio.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



"El carro de la carne", cuadro del gran pintor Solana



"Los payasos", otro de los fuertes y rudos lienzos de Solana.

Crónica



La señorita Baya de la Vid, y su abuela, doña Pasa del Pámpano.

La señorita Baya de la Vid, redondita, jugosa, dulce y sonrosada, se dignó recibirnos.
A su vera, doña Pasa del Pámpano—su abuela—custodiaba á la moza apetecible.
—Señorita Baya, es usted la actualidad...
—Y que está para comérsela, ¡verdad, señor!—interrumpe la abuela.
—Verdad—asentimos—. Cuénteme. ¡Muchos días en Madrid!
—Habemo yegao ayé—dice Baya.
—¿En el tren?

Silencio. Borodin cede la melodía á la *Marcha real*. Sin ruido de taponazos—están *demodés* los estampidos—chorrea el vino en las copas. Uva á uva, se ingurgitan las doce.
—¡Buen año!
—¡Felicidades á todos...!
—¡Prosperidades!
Algazara, bullicio, alegría...
Brinca un *chárleston* entre los violines. Totó Bebé, Fina y Milili danzan con Tolito, Pololo, Michuco y Babazo...

LAS UVAS DE LUJO

Luz deslumbrante. Alfombras espesas. Tapices. Plata. Cristalería refulgente...

Preside la Duquesa, amable, mundana.

Tolito Peralta ameniza con sus donaires la espera de las doce. Al fondo del salón, un cuarteto clásico evoca á Borodin. En pie, hieráticos, prevenido el champán, los servidores.

—¡Falta un minuto!—avisa Tolito.
—¡Tan!
—¡Tan!
—¡Tan...!



Y la Duquesa, un poco perdida la mirada, evoca...
—Una noche de éstas, cuando yo era muchacha en casa de la de Squilache...

LAS UVAS MODESTAS

Alegría plena en los chicos. Relativa en los padres—quienes ven—terrible perspectiva—la cuesta de Enero, el mes de los treinta y nueve días, á causa del anticipo pascual... La incógnita angustiosa del problema hace un poco más amargo el *champán* apócrifo de 3,50, con copa, y hurta dulzor á las caspicias peculiares del turrón y del mazapán.

Sin embargo, las infantiles travesuras de Tini, la presuntuosa seriedad de Totó, prematuramente mujercita, ponen olvido en las tribulaciones serpechadas.

Un grupo familiar de alegres trasnochadores, que prefirieron tomar las uvas en la calle, participando del atronador bullicio.

Cómo hemos pasado la última noche del año.

Las uvas de la suerte desempeñaron su tradicional y brillante papel, en el tránsito de 1929 á 1930

LAS UVAS DEL PUEBLO

—¡Ubaldo! ¡Ubaldo! ¡Baja, hombre!
Se abre la ventana del tercero interior, número 12, y se asoma Ubaldo.
—¿Qué pasa, escandalosos?
—Aquí, que venemos á por vosotros pa irnos á comer las uvas á la Puerta el Sol... Yo traigo una escalera...
—Y yo una lata e petróleo vacía, que mete más garata que la orquesta Lasalle...
—Amos, baja; que vienen la Sinfo y la Lerele...
—No puedo—se disculpa Ubaldo—. Tengo á la parienta en la cama...
—Déjala que duerma...
—Es que está mala.
—¿Qué tiene?
—El médico dice que es de trabajar...
—¿De trabajar? ¡Como no sea que la haiga mirao la lengua!
—No seáis pigramáticos... De veras que no puedo.
—Si vieses el cordero asao que tenemos preparado en ca Sixto...
—Que no puedo, en serio, que no puedo...
—¡Palabra!
—Por mi salud...

R DE C



La "mala uva" del popular Lepe y de dos amigos suyos durante la noche de San Silvestre.



Las uvas frívolas de las encantadoras y alegres "divettas", segundas tiple y chicas del conjunto, entre dos actas de "Por sí las cosas..." en Roma.



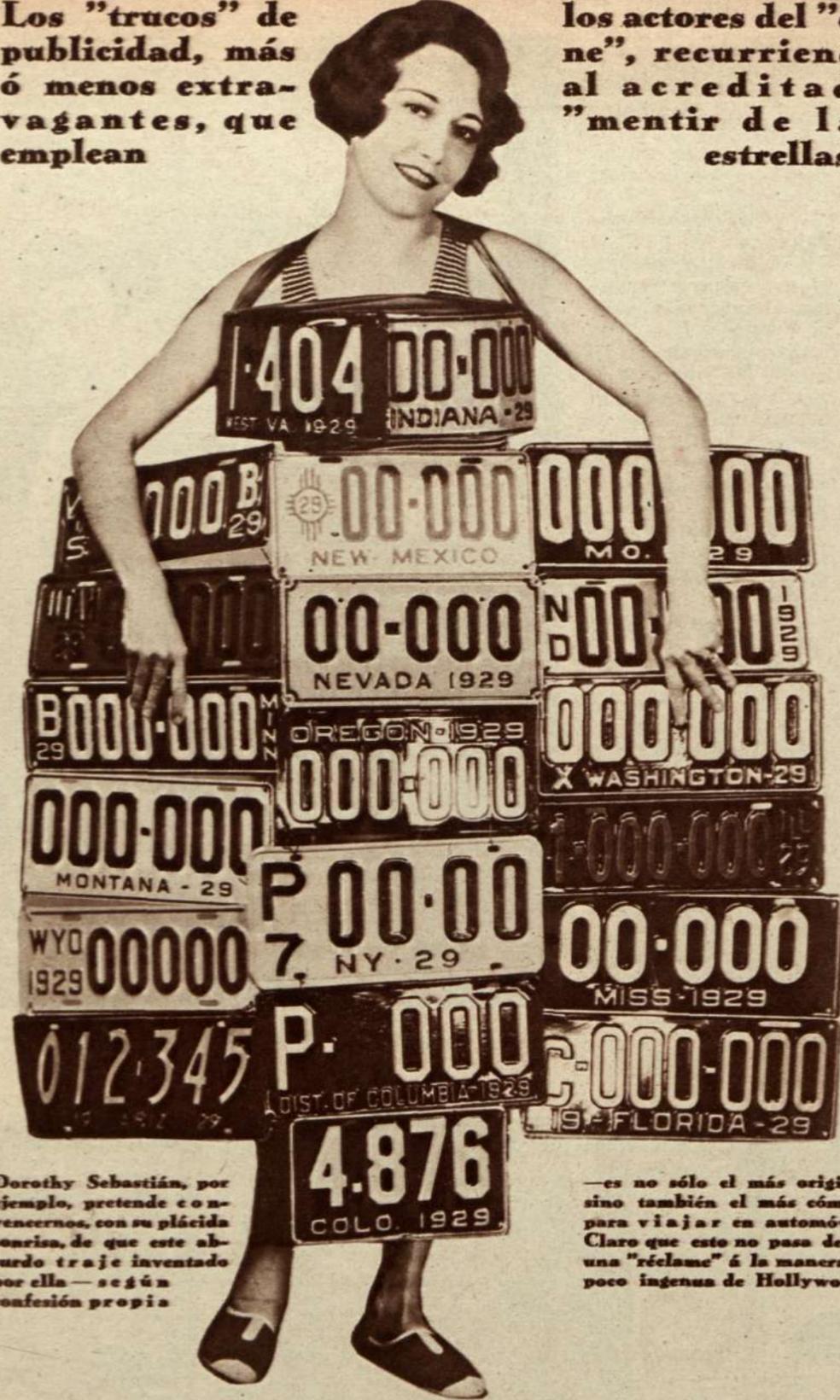
Las uvas serias de una familia modesta, que celebró la llegada del Año Nuevo en el recogimiento del hogar, pero con toda alegría.

(Información fotográfica de Díaz C)

Los trucos de publicidad, más o menos extravagantes, que emplean

Los "trucos" de publicidad, más o menos extravagantes, que emplean

los actores del "cine", recurriendo al acreditado "mentir de las estrellas".



Dorothy Sebastián, por ejemplo, pretende convencernos, con su plácida sonrisa, de que este absurdo traje inventado por ella — según confesión propia

—es no sólo el más original, sino también el más cómodo para viajar en automóvil... Claro que esto no pasa de ser una "réclame" á la manera un poco ingenua de Hollywood...

publicaban las fotografías de la cámara mortuoria. —¡Esto es demasiado!— gruñó. —¡El qué es demasiado? —¡Esto! ¡Fíjate! ¡Ya podían haber ideado un «truco» menos desagradable! Y añadió: —Fíjate bien. La escena es admirable: plantas, flores, crespones, mujeres hermosas que lloran, y en el centro, el actor muerto, vestido de «frac» y envuelto en un mantón. Los espejos de plata y los focos de luz intensísima envuelven á la figura yacente en una claridad deslumbradora que hace más necesario que nunca el maquillaje, en tanto que el director da órdenes con voz temblorosa y la máquina tomavistas gira su manivela acompasadamente. Fíjate. ¡Están «filmando» la mejor escena de Rodolfo Valentino! ¡Qué bien todo, qué bien! Hasta el más pequeño detalle es perfecto. Esa mujer enlutada llora sin fingimiento alguno; aquel hombre que está detrás de ella ha encontrado un gesto doloroso admirable que le proporcionará un papel de importancia en el próximo film; aquel otro... ¡Todos acertadísimos! ¡Un buen director, no cabe duda, unos buenos intérpretes, un buen escenógrafo, y más que nada, una buena idea, una genial idea esta de lanzar al mundo la noticia de la muerte del ídolo. ¡Ya verás, ya verás! —¡El qué voy á ver? —El éxito enorme de Valentino. Ahora todas serán reproducciones póstumas del malogrado actor Una, otra, otra... Veinte, treinta, cuarenta... Le iremos viendo envejecer al compás del tiempo, y, sin embargo, este «truco» maravilloso é inolvidable nos sugestionará siempre, siempre. Ni siquiera el choque de la realidad puede destruir esta desconfianza. Mi amigo, tiempo después, respondiendo á mi ironía, se encogió de hombros. —Bueno; quizás sea verdad—dijo—; pero á mí estas cosas del cine... ¡Se me miente tanto!...

José S. PARADA



— Y Karl Dane, el notable actor de la Metro-Goldwyn, pasca sobre dos tortugas para demostrarnos que no gusta del vértigo ni de los riesgos de la velocidad.

EXTRAVAGANCIAS Y RECLAMOS

SE gran altavoz que se llama Hollywood conmueve al mundo con su estridencia. Por fortuna, el escepticismo taponó nuestros oídos y sabe intercalar, como un gesto incrédulo, entre noticia y noticia de las transmitidas desde «Cinelandia», ese stop inglés que el telégrafo y el automovilismo han hecho mundial. Norteamérica lanza de continuo su publicidad cinematográfica sobre el resto del Globo. Y hoy es un contrato fabuloso entre una Casa productora y un actor célebre, y mañana es la noticia de un divorcio sensacional é imprevisto, y pasado es la afirmación rotunda de que tal estrella se aleja definitivamente de la vida artística para recluir su juventud y su belleza en un convento... La mayor parte de las veces no hay nada: ni contrato, ni divorcio, ni propósito de reclusión conventual... Hay, eso sí, reclamo, propaganda y un mucho de fantasía. Pero es que la realidad es insuficiente por sí sola, y la fantasía, en cambio, es amplia y fértil. Y Norteamérica, para su propaganda cinematográfica, no necesita gran cosa de la realidad; le basta con poder discurrir libremente por el campo de la imaginación. El resultado es satisfactorio. Unas entrevistas fingidas, unas cuantas fotografías, unas noticias inventadas por la Sección de Publicidad y una biografía escrita por el argumentista más hábil de la Casa pueden servir en todo momento para fabricar á un actor discreto, si no la gloria, al menos una popularidad que nunca habría alcanzado por sus méritos artísticos. Y ya es bastante si se tiene en cuenta que á esta popularidad va unida una más alta cotización en los films por este actor interpretados y un mayor prestigio para la marca que los lanza al público. Lo gracioso de este fenómeno y de sus efectos posibles es que, á nuestro juicio, no hay ni engaño ni engañados. —A máxima publicidad, máxima desconfianza— pensamos al leer la noticia de que un joven galán de la pantalla ha sido raptado por una poderosa princesa india. Y sonreiremos satisfechos de nosotros mismos. Podemos sonreír, sí; pero el objeto que perseguía el inventor de la noticia está conseguido, pese á nuestra desconfianza. El nombre del galán joven ha llegado á nosotros una vez más, se ha incrustado en nuestra memoria, y cuando se haga sentir ante el anuncio de una película interpretada por el falso raptado, iremos á verla, aunque sólo sea para prolongar la sonrisa contemplando la imagen del hombre que enloqueció á la poderosa princesa india. Esta desconfianza no se rompe fácilmente. Ni siquiera el choque de la realidad puede destruirla. Recuerdo aquella época en que el mundo cinematográfico mundial lloró la muerte de Rodolfo Valentino. Un amigo mío tuvo un gesto de sorpresa ante los periódicos ilustrados en los que se



Raquel Torres, la protagonista de "Sombras blancas" se complace en mostrar sus piernas deformadas monstruosamente por una lente especial adaptada al objetivo de la máquina fotográfica...

Los caprichos del micrófono.

CLARA Bow, la popular artista, acaba de anunciar su propósito de realizar un viaje á París, que durará un año, en cuanto termine su contrato con Paramount. Este contrato expirará dentro de unos doce meses y lo curioso es que de la Paramount no ha salido una sola voz que haya anunciado la renovación de tal contrato.

La verdad de esto es que las pruebas á que se ha sometido Clara Bow ante el micrófono no han dado resultado satisfactorio.

Y Clara Bow, como Mona Rico y Ruth Chatterton y varias otras, se eclipsarán poco á poco, porque el demonio del micrófono se empeña en registrar sus voces de una manera desagradable.

En cambio, antiguas favoritas como Pauline Frederick, Alice White y Bebé Daniels obtienen gran éxito en las películas habladas, lo que es causa de competencia entre las Compañías para contratar á estas artistas.

Bebé Daniels estaba cobrando un fuerte salario de la Compañía Paramount, y la hacían trabajar en producciones mudas, sin importancia, como excusa. La decían que por su excesivo sueldo no se podían permitir grandes lujos en sus producciones, y que había que economizar, por una parte, lo que por otra se llevaba. Cuando pidió que la dejaran ensayar en «los parlantes», la Paramount se negó, y ella, disgustada, solicitó la permitieran anular su contrato de 175.000

— Y Lillian Harvey de la "Ufa", trata de asombrarnos con este otro "truco" fotográfico que la hace apa-



recer dotada de pares de brazos la actitud de un lo asiático (Est. Scullin)

dólares por tres cintas más que tenía que hacer que la Compañía accedió gustosísima, pues era solamente lo que buscaba.

¿Qué pasó después? Pues muy sencillo. Bebé Daniels acaba de terminar la cinta *Río Rita*, de Pictures, en la que representa el papel principal. Se sabe en todo Hollywood que es uno de los éxitos de las cintas parlantes.

Paramount está que trina. Y, cosa extraña, Daniels posee una voz que no tiene nada de hablar, al parecer. Una voz agradable, todo lo que des quieran; pero sin energía, sin expresión. El fonógrafo se aproxima y realiza un truco más. Los elementos de la voz de Bebé, el micrófono los va y añade lo que ella no poseía: ¡energía! ¡Qué maravillosa ha resultado en la cinta! Se enamora de ella. En cambio, á Clara Bow, que posee una voz poderosa, el micrófono le descompone esa voz modo que parece una tormenta.

¿Puede uno imaginarse un contraste mayor de Clara y Bebé?

DOLORES COSTELLO

Vean lo que ha pasado á Dolores Costello. En su voz algo que el micrófono rechaza. No se trata de Dolores; el caso es que su voz resuena como ladridos de un perro encerrado, y ha tenido que abandonar Hollywood y salir para Nueva York, con el famoso John Barrymore.

Podría seguir contando historias, historias tan alegres, de lo que el micrófono está haciendo en Hollywood.

¿Os acordáis de Norman Shaerarear, y de Bebé Daniels, y de Richard Barthelemis y de Adolphe Menjou? Víctimas, víctimas nuevas del horrible micrófono que tiene asustado á todo Hollywood.

L. MER

¿QUIÉN MATÓ A FORTESQUE?

Un relato interesante



(CONTINUACIÓN)

Con la otra mano le agarré del cuello; pero pudo desenderse, y desde el otro lado de la mesa continuó retando.

—¿Con que me vas á denunciar, Randall, eh?—de en voz baja—. ¡Enviarnos á los dos á la cárcel, eh?

Dió una vuelta más á la prensa, y casi me desmayé dolor. Sin duda, miss Ramson oyó los gritos, por me di cuenta de que la puerta se abría y la joven quedó paralizada, con los ojos llenos de espanto. Fortesque la vió también, y una sonrisa cruel asomó sus labios.

Explicó, sin alterarse, á la mecanógrafa:

—Es un accidente. El Sr. Randall se ha cogido la mano en la prensa. Pero ya he podido librarlo, afortunadamente.

Dió vueltas hacia atrás á la rueda, la terrible prensa desapareció y yo caí al suelo. Fortesque se dirigió lentamente hacia la puerta y tomó su sombrero del pero.

—Lo mejor será que vea usted á un médico, Randall—me dijo—. ¡Ah! No olvide su dinero, que ahí queda sobre la mesa.

Y se fué de la oficina.

Randall terminó de hablar. Lentamente levantó su brazo hasta dejar visible la mano. Una mano sin forma, aplastada, y por completo inútil para todo uso.

—Esto es lo que Jhon Fortesque ha hecho de mí—dijo—. ¿Se extrañarán ustedes de mi satisfacción al verle ahí muerto?

—¿Nunca contó usted esto á nadie?—preguntó Zanetti.

—¿Cómo iba á hacerlo? No quería ir á la cárcel, y hubiera denunciado á Fortesque, habría sufrido la misma pena que él. No podía hacer nada, nada.

—Excepto matarle, quizás—murmuró el profesor acercándose á él.

—Yo no he sido. Muchas veces lo he pensado; pero juro que yo no he matado á Fortesque. Esta mañana, después del desayuno, me paseaba delante de la casa por el jardín. Cuando oí el tiro me volví, y me dirigí corriendo á la casa.

—¿Vió usted salir á alguien?

—No—dijo Randall—. Puedo jurar que el asesino de Jhon Fortesque no ha escapado por la puerta del frente.

VI

La mujer llamada Dora Milbank interrumpió de pronto:

—Puedo asegurar que es absolutamente cierto lo contado por Randall.

Randall la examinó atentamente, y dándose un golpe con la mano en las rodillas, exclamó:

—¿Miss Ramson! En efecto, me había parecido conocerla.—Y volviéndose á Zanetti, le dijo:

—Esta mujer era la mecanógrafa de Howland en la época de la estafa: la que se llamaba entonces miss Ramson...

Zanetti clavó su mirada en ella. Tenía aún rasgos de belleza, incluso con su pelo un poco plateado y los surcos que el sufrimiento había marcado en su rostro. Había en sus ojos algo exótico que fascinaba.

—Cuéntenos usted su historia, miss Ramson—dijo Zanetti—. ¿O debo llamarla miss Milbank?

—Sí; Milbank; se lo ruego—contestó ella—. Hay momentos de la vida en que es necesario ocultar el nombre. Bien; voy á contarles á ustedes mis relaciones con Jhon Fortesque.

TESTIMONIO DE DORA MILBANK

—Yo tenía veintitrés años en la época en que Fortesque dirigía su oficina en Boston. Era entonces bastante bonita, y cuando el patrón se mostraba galante conmigo, me sentía orgullosa, y en el fondo se lo agradecía. Ese hombre me intrigaba. Era rico, y yo, pobre mecanógrafa, me hacía las ilusiones de Cándida.

Nunca olvidaré la primera invitación que me hizo para cenar con él. Yo estaba encantada. Aquel día, al terminar mi trabajo y disponirme á salir, llegó él con una caja grande y me la entregó amablemente, diciendo:

—Llévesela á su casa. A las ocho iré á buscarla á usted.

En mi cuarto abrí la caja, que contenía el vestido de noche más precioso que había visto en mi vida, todo blanco y plata; un vestido de reina. Temblando, me lo puse. Cuando llegó Fortesque, después, me contempló durante unos minutos y, sonriendo satisfecho, dijo:

—Usted sirve.

De su bolsillo sacó un estuche de terciopelo y, abriéndolo, le colocó bajo la luz. Miles de llamitas azules se reflejaban en el interior. La caja contenía un collar de brillantes de una belleza de ensueño.

—Quiero que se ponga usted esto—dijo—, y rápidamente me lo ciñó al cuello.

Me contemplaba yo en el espejo, sin poder reconocer á la mujer que tenía delante. El vestido y el collar me habían transformado, prestándome un aspecto distinguido y extraño.



PENAGOS
XXIX

La caja contenía un magnífico collar de brillantes.—Quiero que luzca usted esto—dijo Fortesque—, y sin esperar mi asentimiento, me puso la magnífica alhaja, ceñida al cuello.

(Dibujo de Penagos)

—Vamos á dar una broma á uno de mis amigos —dijo Fortesque riendo—. La voy á presentar como condesa Ramlova. Ayúdeme usted; nos reiremos mucho.

Se lo prometí y salimos hacia el restaurant Louis donde Fortesque tenía una mesa reservada para ocho comensales. Ya me he olvidado de los nombres de las personas que conocí allí, excepto de la señora Northcott, á la que el señor Fortesque atendía con extraordinaria cortesía. A todos ellos fui presentada como condesa Ramlova, y en mi interior me reía de las atenciones que mi supuesto título me valía.

Durante la comida, el señor Fortesque tenía á su derecha á la señora Northcott, y á mí á su izquierda. Una vez le oí decir: «La condesa ha sido muy desgraciada. Prácticamente está sin fondos, y solamente la quedan sus joyas. ¿Se ha fijado usted en el collar que lleva? Me ha dicho que es un regalo de su primo el Zar.»

—¡Es magnífico!—dijo la señora Northcott.
—Ya lo creo; vale seguramente más de 150.000 dólares; pero la condesa me ha dicho que lo vendería por noventa mil...

—¿De verdad?—dijo la señora Northcott con gran interés—. ¿Cree usted que...?

—Si usted quiere, yo hablaré á la condesa del asunto. Es un poco delicado...

—Claro. En fin, inténtelo y dígame mañana lo que haya de ello.

Terminada la comida, Fortesque me condujo á mi casa. En el recibimiento me quitó el collar y se lo quise devolver.

—Quédese ahora con él—dijo—, y al venir mañana á la oficina déjelo en casa del joyero Cartier para que le arreglen el broche, que está un poco flojo.

Yo no quería guardar una joya así en mi casa toda la noche; pero él, sonriendo siempre, y dándome con la mano en la espalda, murmuró:

—Yo sé que usted es honrada.

Al día siguiente llevé el collar á la joyería y me dieron un recibo por él. Más tarde vino á la oficina el señor Fortesque y me dijo:

—Quisiera que se fuera usted ahora y que á las dos esté usted en la joyería, adonde iré yo con la señora Northcott.

—¿Es para comprar el collar?—le pregunté.
—Usted misma se lo va á vender, y no olvide que es usted la condesa Ramlova.

—¿Pero...?
—No tenga usted miedo; el collar vale más de lo que la señora Northcott quiere pagar. Ya verá usted.

Estaba yo en la joyería cuando llegaron la señora Northcott y el señor Fortesque. Entregué el recibo y un empleado sacó el collar, colocado en su estuche.

El señor Fortesque dijo algo al oído de la señora Northcott, y añadió luego, dirigiéndose á mí:

—Condesa, supongo que no tendrá usted inconveniente en que sea tasado el collar.

Asentí, y nos condujeron á una oficina privada. Después de un examen muy detenido, el tasador levantó la cabeza y nos dijo:

—El valor de esta joya oscila entre ciento cuarenta y ciento cincuenta mil dólares.

Cerró el estuche y lo entregó al señor Fortesque; nos dirigimos otra vez al salón de la joyería, y la señora Northcott me preguntó:

—Vamos á ver; ¿está usted decidida á vender el collar por 90.000 dólares?

Seguendo las instrucciones de Fortesque, asentí de nuevo. No había la menor duda de que aquel collar era verdadero. El tasador aseguraba que su valor era de 140 á 150.000 dólares, cincuenta mil más, por lo menos, que el precio pedido. No podía haber ningún mal en prestarme á la venta, á menos que el collar fuera robado, y yo no tenía conocimiento de tal cosa.

Nos aproximamos á una mesa, y la señora Northcott extendió un cheque por 90.000 dólares á nombre de la condesa Ramlova. El señor Fortesque propuso que extendiera yo mi recibo por el cheque, lo que hice y firmé.

Ella tomó de la mesa el estuche, miró una vez más el collar y salimos todos de la joyería. El automóvil de la señora Northcott estaba esperándola á la puerta, y en él se fué.

Con mucha calma, me dijo Mr. Fortesque:

—Mejor será que cobremos el cheque.

De su bolsillo sacó un documento y me lo entregó, diciendo:

—En el caso de que pidan justificación de su identidad en el Banco para cobrar, con esto no habrá ninguna dificultad.

Era un pasaporte ruso á nombre de la condesa de Ramlova. Cobré el cheque de 90.000 dólares. El señor Fortesque tomó el dinero y me dió las gracias.

—Se ha ganado usted una vacación—me dijo con dulzura—; váyase usted por un mes á descansar. Aquí tiene mil dólares para sus gastos.

Yo estaba contentísima. Tenía muchas ganas de ir á Maine, y salí al día siguiente.

(Continuará en el próximo número)

Vidas folletinescas.

Lo que de la suya recuerda y cuenta á los lectores de "Crónica" Francisco-José Feliú, el más antiguo de los reporteros de sucesos de los periódicos de la noche.

Si. Soy el más antiguo de los reporteros de sucesos de los periódicos de la noche—me dice Francisco-José Feliú, que con Díaz de los Santos, Fernández del Pino y Luis Blanco Soria constituyen el decanato glorioso del reporterismo madrileño.—Soy gaditano—añade—, é hice mis primeras armas informativas, en el año de 1898, en la Agencia Almodóvar, en la que ingresé por recomendación de Peregrín Sánchez Illera á los catorce años de edad. Aquella Agencia, como sabes, servía á cuarenta diarios españoles y á veintidós casinos, enviando telegramas diarios á todos ellos dándoles noticias de los sucesos más importantes. Era redactor jefe de la Agencia Almodóvar el por todos conceptos admirable periodista D. José Cuartero, al que no necesito elogiarte porque ya sabes quién es.

—¿Y cuál fué tu primer reportaje que podríamos llamar sensacional?

—El que hice con motivo de la detención de la familia Humbert. Estábamos en la agencia y se recibió un telegrama urgente de uno de los periódicos de París á los que servíamos—*Le Petit Bleu*—pidiéndonos detalles de aquel hecho. Inmediatamente, D. José Cuartero dispuso todo lo preciso para facilitar dicha información, y allí me tuviste á mí saliendo á todo correr en busca de noticias que adquirí valiéndome de todos los medios que pude utilizar. Los compañeros de *El Imparcial* me ayudaron mucho, suministrándome datos y detalles con los que pude completar mi trabajo, enviando la agencia una extensa información á París. Luego vino el hundimiento del Tercer Depósito, suceso tristísimo que motivó sangrientas algaradas en los Cuatro Caminos. En una de ellas, y á consecuencia de una carga que dió la fuerza pública, yo recibí unos cuantos sablazos, sablazos que eran algo así como un aviso providencial para que dejase el ingrato oficio periodístico. Este aviso lo desatendí, y aquí me tienes siendo periodista todavía. ¡La fuerza del sino! La información que hice de aquellos sucesos me valió una gratificación de cinco duros. No me negarás que era alentadora.

—Alentadora y magnífica.

—En brazos ya de la suerte, seguí trabajando cada vez con mayor entusiasmo.

—¿No estabas tú debajo de la marquesina de la Embajada de Italia cuando la bomba de Morral?

—No me lo recuerdes. Estaba. Aquello fué inenarrable. Fuí de los primeros en acudir en socorro de los heridos, y fuí también de los que en la Farmacia Militar de la calle Mayor presté asistencia á los que allí condujeron. Por cierto que entre estos figuraba el cochero y el palafrenero de la carroza regia, recogiendo de sus labios los relatos más interesantes de aquel suceso. No solicité ninguna cruz ni condecoración ninguna. ¿Qué cruz mejor que la que obtuve con el cumplimiento de mi deber? Mi información fué la primera que llegó á Telégrafos, extendiendo por toda España la noticia de lo ocurrido. En fin, mi querido amigo, de la Agencia Almodóvar pasé á *La Mañana*, y de este periódico, á *España Nueva*, diario donde continúe trabajando con el entusiasmo de siempre. A partir de entonces, ya conoces mi vida, hasta que entré en *La Voz*, donde gracias á Dios todavía trabajo.

—Dime: ¿no recuerdas ninguna anécdota de tu larga vida periodística!

—¡Ya lo creo! Precisamente iba á contarte ahora



José Feliú evoca los recuerdos de su vida profesional de reportero de sucesos durante treinta y un años, ante nuestro compañero Juan de Almanzora.

(Fot. Alfonso)

lo que me ocurrió cuando estuve en el Manicomio de Ciempozuelos.

—¿Estuviste loco?

—Cuatro días, que fueron los que estuve allí para hacer una información relacionada con el asesinato de un pobre demente apellidado Quintero, que apareció muerto de un modo misterioso. Intervino *El Duende de la Colegiata*, que escribió muchas crónicas dedicadas á aquel suceso que apasionó á la opinión; y yo, ni corto ni perezoso, dije: «¡Al manicomio!» Y en el manicomio entré, logrando, al cabo de pocos días, aclarar todo lo ocurrido, y que no fué más que un crimen vulgar.

—Cuando el famoso crimen de Maudes, fué el primero que habló con el criminal—sigue diciéndome—. Vine en el tren y en el mismo departamento del asesino, que me contó el suceso con tales detalles que estuve enfermo, teniendo que someterme á tratamiento durante una temporada. Una cosa parecida me ocurrió con Simeón Casado—el del crimen de Aravaca—y con otros muchos criminales, á los que interrogué oyendo de sus labios espeluznantes relatos.

—Cuando lo del *expreso*, ¿qué fué lo que te ocurrió?

—¡Ah! Sí. Una noche oí á unos serenos de la calle de Toledo comentar que uno de los vecinos de determinada casa, la noche en que debió cometerse el crimen, había ido á su domicilio acompañado por otros dos, y que, contra su costumbre, no le había llamado para que le abriese. Todo aquello les pareció sospechoso, y más sospechoso á mí, que al día siguiente lo conté en el periódico. Efectivamente: el vecino en cuestión era Antonio Teruel, que se suicidó al publicar yo lo que había oído. Así lo demostró el hecho de haberlo hallado muerto y con el número del periódico donde se publicó la noticia junto á su cadáver.

—Lo recuerdo. ¿Y qué más?

—Nada. Que he trabajado mucho; que pienso trabajar todavía más. Que estoy en plena actividad y que víctima de mi profesión he tenido la desgracia ó la suerte de que me agredieran y todo.

—¿Sí?

—Una noche, estando en la Puerta de Toledo esperando un tranvía, llegó por detrás un desconocido que, golpeándome con una piedra, me hirió en la cabeza. Era una venganza. Pocas noches antes había publicado yo una información contando cómo vivían los maleantes, y uno de éstos, sin duda, fué el que, agredíendome, no me mató gracias al sombrero de paja que yo llevaba. Así es que yo le debo la vida á ese sombrero.

—¿Más vale así!

—¿Quieres saber más?

—No. No me hace falta. Lo que necesitaba era saber algo de la existencia de un hombre que, como tú, vive consagrado al periodismo trabajando sin descanso durante tantos años.

JUAN DE ALMANZORA

EL DOMINGO DE LOS ESTUDIANTES

UN ITINERARIO DE EXCURSION



Visita á Huesca, desde Zaragoza.

Las combinaciones de ferrocarril te permiten, estudiante, visitar Huesca durante el día y tornar de noche á tu ciudad. A eso de las ocho, en la estación del Santo Sepulcro—línea de Lérida—, y poco después de las diez en la *Urbs Victrix Osca* de los romanos y en la corte del testarudo y altivo Ramiro el Monje. ¡Pocas sorpresas, muchacho, en el camino, Pero estas tierras bien amadas de Huesca se me antojan la entraña de Aragón. Zaragoza, donde radica tu Escuela, va perdiendo lamentablemente su carácter, y hoy no es apenas otra cosa para el viajero que el punto medio entre Madrid y Barcelona. Con el crecimiento va perdiendo su carácter Zaragoza. La comarca de Teruel ya es, en cambio, un poco valenciana, y se diría que se acuesta hacia el Mediterráneo. Pero en Huesca y en sus montañas, en sus trajes de Ansó y de Hecho y de Fraga, en sus casas de Boltaña, de Barbastro y de Graus, tengo para mí que subsiste, en su integridad y en su pureza, el alma indómita, y franca, y noble, de tu tierra aragonesa. Acaso me ciegue la pasión, baturrico. Quiero á Huesca como á mi patria adoptiva. Le debo horas de plenitud y de serenidad, y mis ojos descansaban de la lectura de los

Claustro de la Iglesia de San Pedro el Viejo, en Huesca. Es esta iglesia una fortaleza románica, hosca y severa, sencilla como la ciudad y como los hijos de la ciudad. Aquí reposan las cenizas de los dos últimos reyes aragoneses Ramiro el Monje y Alonso el Batallador.

(Fot. Oltza)

Costa, y de los Argensola, y de los Gracián, y de los Malleda y Campos, contemplando los picachos albos de la Sierra de Guara, y los rostros hechiceros de sus mujeres en el Coso.

¡Pocas sorpresas en el camino, muchacho! En Tardienta cambias de tren. Vicién en seguida, descubriendo ya la vega donde, á guisa de anfiteatro, se desparra la gloriosa ciudad de San Lorenzo. En el altozano del anfiteatro, la catedral gótica. La vega, feracísima, rompe su simetría en un otero donde se yergue una ermita. Las casitas bajas, achaparradas, uniformes, circundan la Basílica. Más torres: las Miguélas, San Pedro el Viejo, San Lorenzo. Lindo paseo desde la estación al Coso. El Coso rodea, con pequeñas intermitencias, todo el casco urbano. Hay muchas casonas con portaladas y con escudos. Y calles casticísimas como la del Padre Huesca. Y porches graciosos, como los de Vega Armijo, frente á la Diputación. Ciudad clara, sencilla, soleada, abierta, como el alma de sus hijos, poco á poco se va apoderando de ti, domeñándote, subyugándote, agradándote, estudiante baturrico. Y las chicas oscenses son la gracia, y la sal, y la pimienta del poblachón. En toda la región aragonesa tienen fama de bonitas y de discretas las oscenses. Dijo un gran escritor de aquí, Luis López Allué, el autor de *Capuletos y Montescos*, que esos milagros los obra la fuente de San Lorenzo. ¡Puede ser! Lo cierto es que de Huesca recordarás siempre, estudiante, al lado de los primores del retablo de Froment ó de las carátulas de los capiteles románicos de San Pedro, unos ojos llenos de luz extraña, un óvalo finísimo, la gallarda silueta de una chica que camina con la prestantia de Diana la cazadora Cosó abajo, sonriendo.

Huesca es la ciudad más vieja de Aragón. Es un libro abierto, y un museo, y un relicario. Es preciso que hojees ligeramente las páginas de esta ciudad, que se te abren de par en par, si caminas con diligencia, en este paseo dominguero. Huesca es, durante el imperio, nada menos que *Urbs Victrix*, ciudad vencedora y triunfante de los demás y de sí misma. La conocemos de entonces el arma más poderosa: la cultura, y su Universidad, fundada por Sertorio, es la más antigua de España. Luego subsiste con estos y los otros nombres, con estos y aquellos intervalos, hasta mediados del siglo XIX, en que desaparece. Los Argensola y Gracián estudian en ella. Como contraste, Calomarde frecuenta también sus aulas. Desaparecida la corte aragonesa, la Escuela elige de morada el palacio de los Reyes. Conserva un gracioso patio, y debajo del Paraninfo está la famosa estancia que pintó Casado del Alisal para el episcodio—terrible— de la campana, cuando el rey Ramiro hace frente á los nobles, enseñándoles la cabeza separada del tronco de los discolos y revoltosos. Cierta ó falso el episodio, posiblemente falso, es curiosa la estancia por lo que tiene de evocadora. Tu primera visita debe ser para la Escuela y, naturalmente, para la histórica escalera y para la cámara abovedada del famoso incidente del fiero monje aragonés.

Y de allí, á la Catedral. Pero has de fijarte antes en la plazuela, donde se alza también el Consistorio y el Palacio episcopal, porque es una de las más bonitas de Aragón. Su fachada de ladrillo, típicamente regional, acaba y remata en un precioso alero del Renacimiento. Y dos torreones flanquean la galería superior.

La Catedral resume toda la historia oscense. Fue

... templo pagano, basílica y mezquita. De fábrica gótica, lleva, sin embargo, detalles del Renacimiento en su interior. El espléndido retablo de alabastro, que luce en el presbiterio, obra maestra de Damián Forment, es la maravilla de la ciudad. Muy gracioso el retabillito, también de alabastro, en el trascoro, de Gil Morlanes. Recórrase el claustro—ojival y románico—y el púlpito mudéjar. La nave central del templo tiene una notable elevación sobre sus hermanas. Adosados á la Catedral están el palacio del Obispo y una parroquia con un magnífico retablo, que perteneció al monasterio de Montearagón, y que también es obra de Morlanes.

Y desde la Catedral, á almorzar. Un hotel muy típico es el de San Lorenzo, en la calle de Santa Orenca, de cocina muy sabrosa y sazónada. Pide en él, de postre, las riquísimas castañas de mazapán. Atraviesa el Coso, y al Casino. El Casino de Huesca es un soberbio edificio aislado, con una amplia terraza y salones muy cómodos y elegantes. Hay biblioteca, y cuartos de baño, y salones de juego, de música y de conversación. Desde el Casino, estudiantico, á San Pedro el Viejo. Calle de Zaragoza adelante, porches de Vega-Armijo, calle de la Duquesa de Vistahermosa—la duquesa del castillo de Pédrola y del Quijote—, plaza del Mercado: el corazón de Huesca. A la derecha, San Pedro. Es esta iglesia una fortaleza románica, hosca y severa, sencilla como la ciudad y como los hijos de la ciudad donde está enclavada; la corona una preciosa cornisa horizontal, y sus ventanas parecen hechas para disparar flechas y saetas desde su interior. El exágono de la torre, macizo y fuerte, tiene todas las trazas de un castillete. En el coro, dos tinnábulo románicos. Y en el claustro reposan las cenizas de los dos últimos reyes aragoneses: Ramiro el Monje y Alonso el Batallador.

Y ahora ya pasea á tu antojo. Si hace sol, llega á la ermita de Salas, ó Coso adelante, piédate por la carretera de Jaca, y sorprende al paso el espíritu de esta ciudad-aldea, tan agradable, tan simpático, tan llano, tan aragonés. Da un vistazo al ábside de las Miguelas, ó asómate á la Basílica neoclásica de San Lorenzo, el mártir de Huesca, que, como buen oscense, prefirió que le quemasen y tostasen vivo antes de renegar de la fe de Cristo. Pero temo un poco por tu itinerario artístico de última hora. ¿Qué quieres? Huesca es un plantel de muchachas bonitas. ¿Quién dijo que aquello sirve para destierro? Ojos grandes y dulces que se te cuelan corazón adentro; ojos azules de cielo agosteo; ojos castaños, verdes, grises. Y palmitos gentiles. Y una llaneza unida á una aristocracia poco común que no se aprende en la vida porque brota de la cuna. Cada oscense es un hidalgo que no teme á nadie. Se advierte que es la capital de la región donde nace naturalmente un derecho consuetudinario, igualitario y democrático, donde cada cual es monarca en su casa y donde la mujer campa por sus prerrogativas análogas y á las veces superiores á las del varón.

José SANCHEZ
ROJAS



RAMIRO II. (el monje) REY DE ARAGON

El espléndido retablo de alabastro, que luce en el presbiterio, obra maestra de Damián Forment, es la maravilla de la Catedral y de la ciudad...

...Y he aquí el sepulcro romano que guarda las cenizas del testarudo y altivo rey Ramiro II, el Monje, en la capilla de San Bartolomé, del claustro de San Pedro el Viejo, en Huesca.

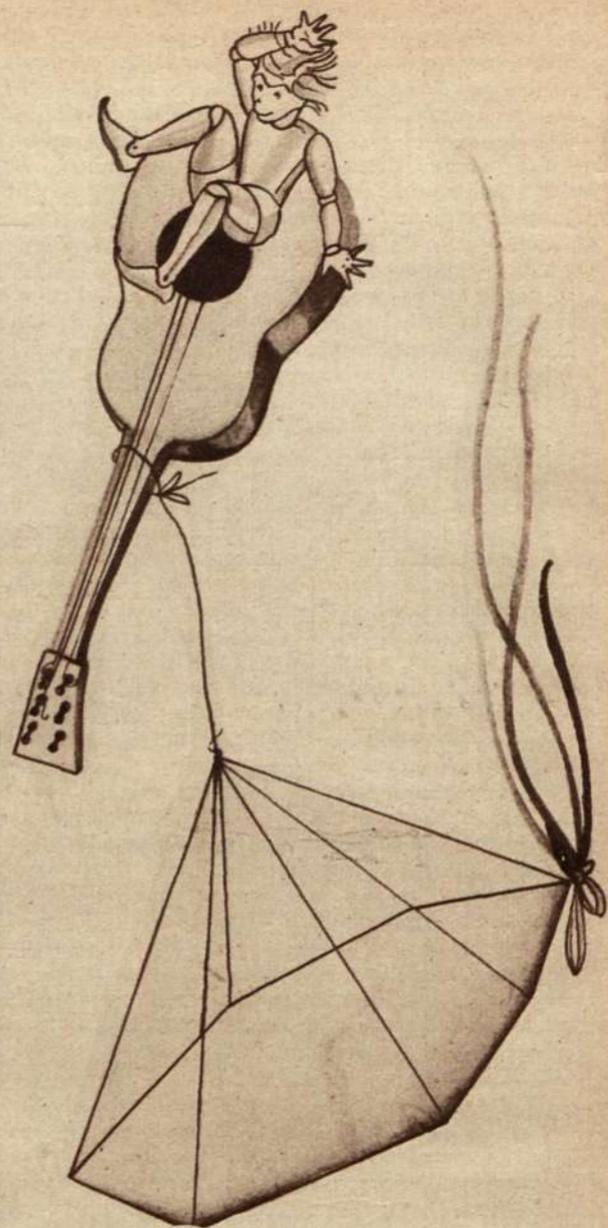
(Fots. Oltza)

Un amigo del camello...

Cuento de Reyes, para los niños.



Tonino se afianzó á las bridas que iban sueltas, porque el camello conocía muy bien el camino, y sentado como en un columpio, entabló conversación con el animal...



Allí fué nuestro monigote, volando sobre los tejados, hasta que el aire se calmó, y Tonino cayó á tierra...

Os contaré la historia de un muñeco de esos que son articulados y de metal, que mueven brazos, muñecas, piernas, pies y cabeza para todos lados y visten correctamente.

Hace dos años salieron los Reyes Magos de su castillo con su gran carga de juguetes en las jorobas de los camellos. Ese muñeco que se llama Tonino venía en el camello viejo de Melchor. Y como es muy inquieto, abría su caja, se levantaba y no hacía más que charlar con las muñecas y los soldados de plomo que viajaban con él.

Es tan ágil, que una de las veces se dió cuenta de la curva que hacía el pescuezo largo del camello y emprendió el camino, como un alpinista. Primero más bien fué bajar. Pero luego empezó á subir hacia la cabeza, agarrándose á los pelos fuertes y duros. Y no se conformó con eso, sino que tropezó con la cabezada, y se descolgó por ella hasta acariciar el hocico blando del camello. El cual dijo:

—Me das mucho miedo, chiquillo; te vas á caer y te harás daño.

—No me caigo, amigo camellito.

—Pues yo estoy sufriendo de verte. Sufro por ti y por el niño al que le toque jugar contigo, que se va á quedar sin muñeco. Cógete mejor.

Tonino se afianzó á las bridas, que el criado había echado sobre el cuello del animal, ya que le dejaban suelto porque conocía de muchos años el camino, y pudieron hablar, yendo Tonino como en un columpio.

—¿Por qué haces servicio, si ya eres tan viejecito?— preguntó el monigote al camello.

—¡Ay! Es muy triste el motivo. Yo vivía próximo al Desierto, en Africa, libre y con un alegre hijo. De pronto nos encontramos cazados, y cuál no sería mi dolor al advertir que mientras á mí me llevaban hacia el castillo de los Reyes, á mi hijo lo hacían desaparecer hacia el otro lado del mundo. Nos habían separado ya para toda la vida; pero yo vivo con la esperanza de dar con él, ó por lo menos de que alguien me hable de que vive.

Dos lágrimas enormes brotaron de los ojos del camello, y si no se encoge Tonino le caen sobre la cabeza.

El monigote dijo:

—Como yo me quedaré en Europa, ten por seguro que si por casualidad diera yo con tu hijo, subiría aunque fuera en aeroplano al castillo, para darte las noticias.

—¿Cuánto te lo agradecería!

En esto iban á llegar al primer pueblo donde había niños, y Tonino corrió otra vez, trepó por la montaña de la joroba y se metió en su caja.

Al llegar á Madrid, dió la casualidad de que el mu-

ñeco vino á parar á mi sobrino. Pero el tunante no nos dijo que hablaba. Era un monigote educado, y no ponía más posturas que las que se le mandaban.

Mas tenía tal alegría y tal gracia en la cara, que todos le tomamos gran cariño, especialmente mi sobrino, que no emprendía viaje ni paseo, ni aun examen, en que no llevara á su compañero, unas veces escondido y otras á la vista.

Una vez fuimos á ver la Casa de Fieras, y, como es natural, Tonino vino con nosotros. Pasamos por las jaulas de los tigres, los leones, los monos, los buitres, los osos..., y llegamos á la del camello: un espléndido

camello blanco, de ojos dulces, dientes grandes y blancos y labio muy blanducho.

Recuerdo que mi sobrino dijo, extrañado:

—¿Qué le pasará á este Tonino, que ha movido él solo la cabeza?...

Volvimos tranquilamente á casa, olvidando nuestra extrañeza, y cenamos y nos acostamos, quedando el monigote en su cama de juguete.

Pero aquel muñeco no dormía; ¡cal! Había visto un camello parecidísimo al viejo camello que le trajo, y sospechaba, como sospecha mi lectorcito, que se trataba del hijo perdido.



Puso la cometa como vela, y metido en la guitarra como en un barco, navegó, guiado por la estrella que lucía sobre el castillo de los Reyes Magos...

(Dibujos de Adela Tejero)

A media noche, Tonino se tiró de su camita, subió á la ventana y se descolgó por la cuerda de la persiana hasta la punta; luego la hizo oscilar hasta que llegó con ella al cable dei pararrayos, que pasaba cerca de la ventana.

Llegó á la acera en plena noche; y como era de alto menos que una cuarta, pudo escabullirse de todos, meterse por debajo de la puerta de hierro de la Casa de Fieras y llegar á la jaula del camello, en la que entró, tan tranquilo, por entre dos barrotes.

Tirando de los bigotes, que eran cuatro pelos, al camello, logró despertarle:

—¿Quién eres?

—Pues soy... Tonino. Yo vengo á saber si á ti te cazaron estando con tu padre, y á tu padre le llevaron hacia un castillo...

—Sí, sí; en efecto.

—Pues tu padre está en el castillo de los Reyes Magos; allí es feliz; no tiene más pena que la de no saber dónde está su hijo. Yo le prometí que si te encontraba, volvería á decirselo, fuese como fuese.

—Pues si vas, dile que estoy muy bien. Y llévale, como recuerdo... ¿qué le llevarías?... ¡Ah! ¡Esto!

Y al decirlo revolvió su cuello, abrió sus dientes blancos, y arrancando de sus costillas unos pelos limpios, se los ofreció.

Tonino lo guardó entre la chaqueta y el chaleco, y antes de que fuera de día volvió á su sitio. Trepó por el pararrayos, y tuvo que esperar un ratito á que el viento le enviara la cuerda de la persiana. Pero se la envió al fin, y se metió en la cama en seguida.

No durmió, porque sólo pensaba en la manera de llevarle aquel recuerdo al viejo camello, para alegrarle sus últimos años.

Y en efecto, lo pensó.

Mi sobrino tenía entre sus juguetes una cometa, y además una guitarra formai, en la que estaba aprendiendo música.

A la noche siguiente hacía viento. No podía salir á la calle con aquellos dos armatostes, porque el vendaval armaría un gran estrépito con ellos y los serenos detendrían al muñeco.

Lo que necesitaba era salir del pueblo. Que en el campo ya se orientaría.

Por eso ató la cometa á la ventana, la guitarra á la cometa y él se ató á la guitarra. Y cuando el viento tiraba, cortó la cuerda.

¡Allá va nuestro monigote sobre los tejados, coleteando bruscamente!

Por fin el aire se calmó, y cayó todo el aparato á tierra, siendo arrastrado un poco sobre ella. Pero Tonino descansó, hizo un lío con la cometa, desmontándola; la sujetó entre las cuerdas de la guitarra, ató la cola de lazos al mástil del instrumento, y tirando, tirando, fué camino adelante, guiado por una estrella que el camello le había indicado para volver al castillo.

Al ser de día descansó, porque no había estrella guadora. Y al ser de noche siguió la ruta, hasta la orilla del mar.

En la orilla le tocó estar tres ó cuatro noches, porque tenía puesta la cola de la cometa, á modo de veleta, en la copa de un árbol, y esperaba á que el viento se dirigiera á la estrella. Y al advertir que al cabo de los días el viento era favorable, puso en la guitarra la cometa como vela, y metido en la guitarra como en un barco, se hizo á la mar.

Al cabo de los días llegó Tonino á la otra orilla. El viento había cambiado un poco. En lo alto de una lejanísima montaña se advertían las torres de un castillo.

Tonino ocupó varios días en preparar la cometa y en esconder la armoniosa barca, en la que había tocado algunas músicas durante la travesía.

Y cuando la cola de la cometa, atada á lo alto de otro árbol, señalaba derecha al castillo, el monigote se preparó en seguida, sujetó con una piedra la cuerda de la cometa, y cuando le pareció oportuno retiró la piedra y se soltó.

Y derecho, derecho, fué á caer en una de las terrazas de la gran vivienda de los Reyes Magos. El guardián se asustó y tocó una cuerna. Acudieron hasta los Reyes.

Entonces Tonino explicó:

—Majestades: yo soy de esta casa. Aquí nací y hoy vuelvo encantado á saludaros. Mi principal misión es entregar al camello viejo un recuerdo de su hijo.

A los Magos les pareció aquello muy bien, y autorizaron á Tonino para ver al camello, que ya estaba jubilado. El cual besó con sus blandos labios al muñeco y besó los cabellos del hijo, derramando lágrimas, de alegría esta vez.

Tonino fué huésped de honor entre los muñecos de su forma, y hasta cenó con los Reyes. Y cuando llegó la hora de repartir los juguetes, el año siguiente, vinieron cuatro camellos. Pero uno era muy viejecito, y no traía más carga que un muñeco: Tonino.

El viejo, con permiso del alcalde, visitó á su hijo en la Casa de Fieras. Y mi sobrino recibió la visita de Tonino, que le traía cajas de soldados de la fábrica de los Magos.

Pero el camello viejo y el muñeco articulado volvieron á Oriente, donde son muy estimados por Melchor, Gaspar y Baltasar.

ANTONIORROBLES



—¿Prefieres el caballo, ó el "auto" de pedales?..
—El "auto"... Aunque el caballo, cuando se posa una mosca encima de él, parece de verdad..

UN GRAN JUGUETERO DE MADRID CUENTA LO QUE PIDEN LOS PADRES Y LO QUE PIDEN LOS QUE QUIEREN HACER UN REGALO, Y REFIERE EL DESACUERDO QUE HAY ENTRE LAS MAMÁS Y LAS NIÑAS

NADIE mejor para contestar á esta pregunta que los Reyes Magos. Pero todo el mundo sabe que los Santos Monarcas están de camino hacia acá y no habría manera de conversar con ellos ni por teléfono.

Por eso, el juguetero ha de servirnos de sustitutivo, que también sabe mucho de esa pregunta. A él acudimos, eligiendo uno de los más famosos de Madrid.

—Buenas tardes. A falta de Rey Mago, usted nos podrá contestar á esta pregunta: «¿Cuáles son los juguetes preferidos?...»

—¿Preferidos por los niños ó por los grandes?

—Por los niños.

—Eso es difícilísimo. Cada chiquillo es un espíritu inquieto, diferente de los demás muchachos. El niño prefiere lo que le entra por los ojos de pronto y le llega á lo hondo de su capricho por no sé qué misterio.

—¿Y á los grandes?

—Los grandes se dividen en los que compran juguetes para sus hijos y los que los compran para los niños de aquellos á quienes deben una atención.

—Entonces, ¿qué juguetes prefieren los papás?

—Son muy exigentes. Quieren el juguete barato, que no haga daño, que dure, que sea grande y que no le haya tenido nunca su hijo... Esta es una frase que hay que oír á todo el que compra juguetes: «Es un niño que ha tenido de todo...» ¡Y cuidado que hay millones de juguetes diferentes!...

—Está bien. Ahora dígame qué prefiere el que compra un juguete para regalar á los niños de otro señor...

—Ese quiere, principalmente, el juguete bonito, lindo, que pregone su precio..., aunque luego no resulte divertido ni mucho menos, sino decorativo nada más.

—Entonces, al chiquillo se le da de lado, ¿verdad?

—Muchas veces. Hay juguetes por los que el padre marca una gran preferencia, y no el chico; y los hay que producen efectos diametralmente opuestos.

—¿Y en las niñas?

—En esas se ve el ejemplo. Vienen las madres, recuerdan aquellas muñequitas, un poco cursis, de su época, dulzonas y de boquita chica, y no pueden soportar que sus hijas prefieran muñequillos negros, ó rorros de trapo con gestos grotescos.

—No se ponen de acuerdo grandes y chicos, ¿eh?

—En nada; como no sea, por ejemplo, en los mecánicos. Los padres ven en ellos la construcción estudiada é instructiva, y los chicos buscan los mil objetos que pueden construirse. El hijo busca el fin, y el grande el medio.

—Pero, por lo general, los juguetes instructivos y de enseñanza...

—¡Un fracaso! Los chicos son muy listos y todo eso les carga en cuanto adivinan la segunda intención.

—Sin embargo, yo he podido apreciar que algunos señorones se empeñan en cultivar esos juguetes de alegría tan limitada.

—Sí; surgen papás pedagogos. Pero los chicos se encaprichan, á lo mejor, con un jazz-band... ¡y abajo toda la pedagogía!... Sin embargo, las máquinas de tren movidas á vapor, por ejemplo, acaban siendo

crónica

una enseñanza. ¿Y sabe usted por qué les atraen a los chicos?... ¡Porque ellos creen que hay un peligro!... Claro que no hay tal.

—Entonces, lo que más les gusta a los pequeños es el vértigo...

—Podría ser; pero no hay juguetes que le produzcan. Se han de conformar con los que tienen movimiento, y con los que se arman y desarman. Así no les aburre la quietud, de la que tan enemiga es la gente menuda.

—Y, en conciencia, ¿no le parece que el juguete es caro?

—¡Pchs! Puede que tenga usted razón. Pero es que el arancel ha subido un horror. Hoy pagamos a veces hasta veinte pesetas por lo que antes sólo costaba tres de arancel.

—¿Y cómo es que España...?

—España no se despierta en esta industria. Hace todos los juguetes, pero tarde. Las novedades, las cosas bonitas de cada temporada, vienen de fuera. Y, claro, no resulta tan barato como quisiéramos.

—¿Qué naciones le envían su género?

—Primero, Alemania. Checoslovaquia avanza de un modo imponente. Luego, Italia, Suiza, Inglaterra, Norteamérica, Rusia...

—¿Qué nos manda Rusia?

—Unos juguetitos de madera, muy modernamente decorados. Como los moros, tienen también los rusos un concepto especial del juguete...

La animación de esta gran tienda madrileña es imponente en estos días. Los niños pasean los ojos, encontrándolo todo *apetecible*. Los grandes son el poder moderador... Y si vienen sin los pequeños, llevan el gesto lleno de dificultad, porque van con miedo de no acertar. Este miedo es un paso en favor de los chicos. Quiere decir que ya se tiene el concepto de que no hay que obligar a los niños a que acepten los juguetes y las lecturas que nosotros, sin hondo estudio, creemos infantiles.

—La última pregunta. ¿Son muy deportistas los chicos?

—Mire usted: eso... más bien se lo dirán los camareros.

—¿Los camareros?... ¡Ah, sí! Lo he visto en los escaparates...

EL SOBRINO SE ENCIENDE ANTE LA EVOCACIÓN DE CUALQUIER JUGUETE, MENOS DEL ROMPECABEZAS, Y QUIERE «CINE» DE POCOS LETREROS, PORQUE PARA APRENDER TIENE LA CARTILLA

Ahora vamos a ver si Eduardito sabe lo que quiere. Su entusiasmo por los juguetes le enciende el alma como una rueda de fuegos artificiales.

—¿Qué te gusta más: un caballo ó un *auto* de pedales?

—El *auto*.

—¿Y si se para una mosca en el caballo?

—¡Ah, sí, sí!... Entonces parece un caballo de verdad. Me he *fijado*.

—¿Y no te gusta tu *cine* pequeño?

—¡Claro! Pero tenemos que comprar más películas...

—¿Siempre hay que comprar algo!

—¿Y de las que tienes?

—La del gato *Félix*, que es pintada. ¡Esa sí que es divertida! Y tiene pocos letreros.

—¿No te gustan los letreros? Así aprendes, hombre.

—Pero para eso tengo la cartilla.

—¿Y qué me dices de los soldados de plomo?

—Me gustan menos—dice con un gesto artificial, de señor entrevistado.

—Entonces no te compro, ¿verdad?

—¡Sí, sí! Cómprame de Caballería... y un cañón... y unos marinos que hay!...

—¿En qué quedamos?—El gesto de escepticismo del chiquillo se esfuma ante las posibilidades—. Oye, ¿te gustaría un rompecabezas de esos de tarugos cuadrados?

—Ya lo he tenido.

—Es que también has tenido soldados...

—Pero me gustaban.

—¿Y esto?

—Mucho menos.

—Es que yo había visto una caja que me había gustado y quería comprarte...—le digo para probar.

—Como quieras...—responde amable.

—Si no te gusta, lo cambio por..., por una corbata ó un libro...

—Si es de cuentos, cámbialo. ¡Sí! ¡sí!

—¿Y los muñecos de trapo?

—Bueno; para María del Carmen y María del Pilar.

—Digo que si te gustan.

—Pero se los regalaría a ellas.

—Ni dices que sí ni que no. Realmente, has tenido contestaciones bien despiertas. Pero... ¡pobre rompecabezas! Todas esas tonterías que nos hacían tragar de niños...

—Es que como son tan pocos tarugos—interrumpe—no se puede ni levantar casas con ellos.

—Gracias, Eduardito.

ALBERTO D.

(Información gráfica de Cortés, con juguetes de Medel)



Los juguetes preferidos...

—Son estos, aunque el juguetero, al recibir a sus clientes, padres de los niños ó Reyes Magos, tenga que oír siempre la misma frase— Quisiéramos un juguete nuevo, para un niño que ha tenido de todo... Y ¡cuidado que hay millones de juguetes diferentes!

Ultima hora deportiva

Paulino Uzcudun luchará contra Von Porat, el próximo día 10.

Uzcudun cambia de "manager" ... ¿Cambiará de conducta?



El Paulino Uzcudun de hoy, y el Paulino Uzcudun de ayer. (Fot. Alvaro)

La derrota de Paulino por el joven indio Tuffy Griffiths ha llevado al ánimo del aficionado español un hondo escepticismo con respecto a las posibilidades del que fué calificadísimo aspirante a la sucesión de Tunney, alentado por el halagüeño juicio de la crítica mundial.

Siempre ha sido injusto el apasionado por Paulino, lo mismo para coronarle con inmarcesibles mirtos de gloria que para atravesarle con las espinas del desdén.

Nosotros nunca nos encasillamos en un «ismo». Hemos seguido siempre con cariño la carrera del vasco; le hemos alentado en la medida de nuestras modestísimas fuerzas. Pero ni nos hemos deslumbrado con la pirotecnia de las propagandas detonantes y jugosas de Yanquilandia, ni hemos seguido la pauta de un impresionismo.

Lo que hemos censurado es la mala compañía que tenía Paulino, la deficiente tutela.

Un buen mentor no habría permitido pacientemente se produjeran circunstancias de la índole perjudicial que fueron conteniendo al vasco en sus legítimas aspiraciones, destrozándole todos los momentos adecuados para el asalto al trono mundial; un *manager* inteligente no habría concertado *matches* contra adversarios que nada valían ante Paulino, y cuyo triunfo, en cambio, le creaba un crédito excepcional que minaba esencialmente el del español; un buen orientador hubiera insuflado al de Régil medios de ofensiva adecuados al momento táctico y no dejarle reducido a su propio y limitado criterio; un buen *manager* hubiera impedido luchara en condiciones físicas defectuosas (como ha sucedido más de una vez y a la disculpa de todos ellos, después del *match*, nos remitimos).

Desde 1923 (para precisar más, desde la llegada del guipuzcoano a la sala de Anastasie), Arthus se ha consagrado al vasco, primero como profesor, después como preparador y finalmente como *manager*, ayudado por una turba de *hommes des affaires*, que dejaban, sin duda, esquilmas las «bolsas» que se ganaba el vasco. Trecientos mil dólares ha dicho Paulino que tiene ahorrados. Bonito capital, sin disputa; pero una cuenta bien hecha probaría cómo este capital sería de más elevada cifra.

Paulino, al fin, y no por diferencias económicas, sino por darse cuenta de que por el camino que le trazaban sus mentores no iba a parte alguna... de provecho, ha cambiado de *manager*. Y ha conferido sus poderes a Billy Gipson, el cual ha dicho: «Haré de Paulino el sucesor de Tunney». Y no hay que olvidar que Billy condujo a Géné por el camino que le dió el título del mundo.

Es de suponer que hombre tan experimentado se preocupe más que de cuestiones crematísticas, que de

La victoria de la selección española de futbol sobre la selección checoeslovaca, el miércoles último, en Barcelona, por 1 a 0



El guardameta checo bloqueando magníficamente un balón alto, ante Rubio. (Fot. Sport)



Un despeje del checo Staplik, acosado por el delantero español Sastre. (Fot. Sport)



El barcelonista Sastre, delantero de la selección española, que inauguró su actuación internacional durante este partido, marcando el "goal" de la victoria. (Fot. Gaspar)

resultados inmediatos financieros, de todos esos aspectos precisos para poner a Paulino de nuevo en situación ventajosa.

EL 10 LUCHA PAULINO CONTRA VON PORAT

No vamos a esperar que en unos días Gipson haga otro Paulino. Sería tener fe en la renombrada «purga de Benito». Pero sí puede permitir que se aprecien multitud de mejoras. Con sólo convertir en efectivo el entrenamiento actual del vasco en el campo de Summit.

Paulino ha vencido a von Porat; fué en Noviembre de 1928, y por puntos, teniendo Uzcudun tres kilogramos más de peso que el noruego, que fué castigadísimo por su rival, ganador de todos los asaltos menos del último. Y el k. o. estuvo a la vista.

Otto von Porat es resistente, combativo, y su derecha

tiene potencia. Tiene una táctica especialísima que da a su boxeo un carácter difícil. Fué campeón de la Olimpiada de París. Hace dos años precisamente ganó por puntos a Sandwina, que llegaba de Europa precedido de renombre, y al que hoy encuentra Tunney como digno de sucederle.

La campaña de este año es favorable a von Porat. En Abril, Risko le vence por puntos; pero todos sus demás *matches* son triunfos. Gana por decisión de los jueces a Heeney; por k. o. al holandés Demave, a Tom Sawyers y a Smith; por k. o. técnico a Emmett Rocco. Y hace unas semanas, combatiendo con Phil Scott, en el segundo asalto, cuando las fuerzas estaban igualadas, un golpe bajo valió a Otto la descalificación y luego una suspensión, que le ha sido levantada para que pueda combatir con Paulino, en Madison Square Garden, el próximo día 10.

A. CRUZ Y MARTIN

crónica

Los hombres del día
en Barcelona.

¡He aquí el equipo del año!

El
F. C. Barcelona,
campeón
catalán
de la
Liga
Nacional
(1929),
que hoy,
en su
campo,
se enfrenta
con el
Athletic
madri-
leño.

En el actual torneo, el F. C. Barcelona ha obtenido tantos triunfos como partidos ha jugado. Vencedor de la Real Sociedad, de San Sebastián; del Arenas Club, de Guecho; del Deportivo Europa, de Barcelona; del Racing Club, de Santander, y del Real Unión, de Irún, el F. C. Barcelona va á este nuevo encuentro con el prestigio del brillante historial que le coloca, hasta ahora, á la cabeza del futbolismo nacional.



Arriba: el F. C. Barcelona, con la formación de su última victoria, lograda el domingo pasado: Platko (1), guardameta; Walter (2) y Saura (3), defensas; Martí (4), Guzmán (5) y Castillo (6), medios; Pierra (7), Goiburru (8), Arocha (9), Bestit (10) y Parera (11), delanteros.



Abajo: cuatro grandes figuras de este prestigioso Club, que han contribuido grandemente á sus precedentes triunfos é intervendrán en sus encuentros ulteriores. De izquierda á derecha: Samitier, Sastre, Más y Pedrol. (Composición de Alvaro)